Bardo ediciones, diciembre de 2010

bardoediciones.net | bardo@riseup.net
Bardo, Fonollars 15, 08003 Barcelona

Este libro es grátis para presos/as y bibliotecas sociales. Para recibir una copia, poneros en contacto con la editorial.

La ciencia socialista, religión de intelectuales

Jan Vaclav Majaiski



Índice

Los porqués de estos textos «vetustos»

Luis E. Sabini Fernández*

Presentar a Jan Vaclav Majaiski (1866-1926), en una edición en castellano, constituye a mi modo de ver, un verdadero acontecimiento. Un polaco nacido bajo el imperio de los zares y que vivió toda su vida en Rusia, ya sea la imperial clásica o la neoimperial soviética, y que enfrentó irreductiblemente las posiciones que resultaron victoriosas en la llamada Revolución Rusa, criticándolas «desde la izquierda» –para decirlo con una frase bien clara aunque gastada– y que por ello tuvo siempre el rechazo terminante de Lenin, por ejemplo.

Porque, ¿cómo se entiende que estemos hablando de una primera edición en castellano de un militante conocido, polemista denostado por Lenin?

A mi modo de ver estamos aquí ante un caso paradigmático de «conspiración de silencio», esos métodos que hicieron las delicias de los bolcheviques en un poder que creían históricamente legitimado.

A fuerza de ser mínimamente testimonial, cabe, me parece, señalar cómo fue mi primer contacto con el autor que presentamos. A mis veinte años, ávido de luchar por una sociedad mejor, tratando de conocer la «Revolución Rusa» –en los años cincuenta del siglo veinte uruguayo, con una izquierda que estaba más cerca de la Rusia bolchevique que del México de Madero, Villa y Zapata– mis afanes incursionaban en el ICUS, Instituto Cultural Uruguayo-Soviético.

Allí, espigando y leyendo volúmenes de las obras completas (¿o selectas?) de Lenin, me encontré con un comentario a pie de pá-

* Editor de la revista *futuros del planeta, la sociedad y cada uno* (www.revistafuturos.com.ar), miembro del equipo docente de la Cátedra Libre de Derechos Humanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

gina en el cual Lenin desautorizaba de raíz toda discusión con un «emperrado» de la igualdad, más bien del igualitarismo, la *uravnivlovka* de un tal Majaiski. Se trataba de esas ediciones de la «era soviética» donde un autor canonizado criticaba a autores inhallables.

No sabemos, carecemos del dato, si existió polémica pública entre Lenin y Majaiski en el tiempo en que eran posibles, es decir, antes de 1917.

Ya tenía yo ciertas impresiones de «los doctores de la revolución» y de «los líderes insustituibles» y tal vez por ello la diatriba de Lenin me intrigó y me impulsó a buscar a semejante iconoclasta.

Pero resultó tarea baldía. En mi entorno, primero Montevideo, luego el Río de la Plata, nadie conocía al «mentao». Hasta que el terror y las detenciones características del «espíritu del momento», terminaron expulsándome, y di con mis huesos (en aquel momento, bastante literalmente) en Europa. Allí pude recomenzar la búsqueda de Jan Vaclav Majaiski. Con mejor fortuna. Era conocido por algún anarco erudito y pude llegar a leer textos suyos traducidos al inglés y al francés.

Majaiski escribe en 1905 un ensayo titulado «La ciencia socialista, religión de intelectuales». Lucidez, desparpajo, valor, intuición, olfato. Lo tiene que haber escrito inmediatamente después de los acontecimientos de la revolución frustrada de enero de ese mismo año.

Majaiski no lucubraba. Trabajaba e interpretaba lo que palpitaba en la sociedad en que vivía. Lo cual no lo hace un teórico sino un cronista y un militante, con poder de comprensión, con una posición clara contra todo tipo de privilegio y particularmente sensible y refractario a poderes asentados en formas no tradicionales, de ésas que no se suelen llamar poder y menos privilegio.

Su mirada le permitió ver meridianamente la opresión que incubaba el bolchevismo, ya desde sus fundamentos teóricos. De vanguardia esclarecida, de rigidez doctrinaria, de suficiencia espiritual, de soberbia que tan insensiblemente derivará hacia la autocracia que constituyó el experimento soviético, al menos durante

su largo «momento» estalinista, porque el autoritarismo del partido muy pronto cambió el sentido del funcionamiento de consejos de obreros, campesinos y soldados.

Tuvimos el inmenso honor de iniciar las ediciones en castellano de este autor en la revista *futuros*, en el año 2000, con «La conspiración obrera», otro ensayo suyo, de 1908. Lo hicimos en una edición de escasísimo alcance, difundida en Buenos Aires y Montevideo (n°s 1, 2 y 3). En el 2004 publicamos en *futuros*, nº 6, el ya mencionado «La ciencia socialista...»

El tercer ensayo que aquí presentamos, «La revolución obrera», tiene dos peculiaridades respecto de los anteriores: que es inédito en el idioma castellano y que fue escrito en 1918, es decir luego de los sucesos de octubre de 1917.

Si los dos primeros trabajos que aquí presentamos recogen el vénero de lo acontecido en Rusia en 1905, se mantienen empero, en el marco teórico, denunciando el carácter ideológico de la doctrina socialista. El tercero, en cambio, sigue con esa crítica demoledora, pero a la vez trabaja sobre la realidad de los meses –diez–, que ya han pasado desde la toma de poder de los bolcheviques. Majaiski verifica en la práctica muchas de sus críticas teóricas.

Hablar de sus aciertos no significa que uno adscriba por completo a sus visiones de la sociedad, la revolución y los métodos en juego.

Podemos, y considero que debemos, presentar también la crítica que Majaiski nos merezca. Aunque buena parte de esta tarea, por no decir toda, se la tenemos que dejar, y con gusto, a los lectores, a quienes tienen el ojo avizor y el corazón dispuesto respecto de las cuestiones del poder y los privilegios, de la felicidad o la indignidad de los seres humanos.

Majaiski, en cierto sentido, está cada vez más vigente en lo que tiene que ver con su sensibilidad. Aunque los términos de las luchas hayan cambiado y algunas de sus perspectivas no se hayan cumplido. Porque en muchos casos lo que importa sigue siendo la separación tajante entre los privilegiados y los expulsados del mundo.

Aunque los privilegiados lo seamos en muy diversos sentidos y muy desparejos entre nosotros, y lo mismo pase con los desechados y muertos de hambre, que también son muchos y desparejos entre sí pero que siguen sin tener voz, como cuando Majaiski procuraba encontrarles un lugar. Y eso es así aun cuando en determinadas circunstancias hayamos muchos que somos privilegiados y excluidos al mismo tiempo.

Muere de un infarto –algo que según sus allegados le ahorró una purga segura e inminente–, trabajando como corrector en las imprentas del estado-partido.

Nuestra presentación está motivada por la actitud más opuesta que podamos albergar a un panegírico, a una actitud de seguidismo. Los cien años que median entre la realidad que él vivió y sobre la que procuró actuar, y la nuestra, revelan la enorme distancia que tenemos en visiones políticas, expectativas, actitudes, creencias porque sin duda vivimos realidades muy distintas. Visiones tan dispares de la economía, la revolución o la familia, para apenas mencionar tres configuraciones conceptuales francamente separables, nos permiten verificar esas distancias.

Pero lo que creemos que está absolutamente en pie es su osadía intelectual, su penetración para desnudar naturalezas engoladas y escamoteadas en tantos sectores de la izquierda de su época... algo que tanto necesitamos en la nuestra.

Hacer una crítica de la izquierda desde la izquierda no es tarea fácil. Sus razones tuvieron una dramática vigencia durante un siglo; el colapso soviético descentra el peso de su crítica; el socialismo ya no es lo que era. De todos modos, su tesis principal, de que el socialismo no es sino la ideología enmascaradora del proyecto de tantos intelectuales de sustituir a la burguesía como clase o capa dominante, tiene de alguna manera una corroboración siquiera indirecta en el fenómeno que corroe a las capas intelectuales en todas partes desde el desmembramiento del «campo socialista». La increíble agudeza de la crítica majaiskiana durante casi todo el s. XX se ha trasmutado desde los noventa en dos sentidos: pierde vigencia pero confirma su tesis.

Basta ver el trasiego de tantos intelectuales otrora socialistas a las carpas bien remuneradas del neoconservadurismo mal llamado neoliberalismo, su integración en esos organismos «de nuevo tipo» llamados oenegés, a veces con el corazón a la izquierda, pero demasiado a menudo con el bolsillo a la derecha, y tantos otros fenómenos que nos muestran el entramado de poder y conocimiento que tan bien supo exponer Majaiski.

Es curiosa, sintomática y penosa la ausencia prácticamente total de este trabajador polaco, perseguido y encarcelado, en los debates políticos de todo el s. XX en el mundo de habla castellana. Porque, además, cuando uno habla del s. XX, es inevitable hablar de socialismo. Y el alineamiento de fuerzas, al menos hasta 1990, fue el de presuponer a la derecha como burguesa, capitalista, antisocialista y a la izquierda como socialista más o menos anticapitalista en sus tan diversos ropajes.

Majaiski rompió ya en los albores del s. XX con esa falsa dicotomía. Haber omitido sus reflexiones ha dificultado reconocer los vicios, las falsedades ideológicas del campo socialista desde el pensamiento crítico, paradójicamente esclavizado por sus propios puntos de partida presuntamente revolucionarios.

Esta debilidad autocrítica por cierto trasciende la cortedad intelectual y editorial del mundo hispanohablante; es un fenómeno de mucho mayor alcance.

Se pueden reconocer varias vías de escape o de solución a la crisis de los noventa por parte de los intelectuales ex-orgánicos o ex-intelectuales ahora orgánicos y de los militantes políticos o sociales en general. Unos, anteponiendo la «fuente de trabajo» a cualquier otra consideración, han abandonado «la revolución y sus inmediaciones» y han encontrado en el sistema de poderes establecidos sus lugarcitos al sol, procediendo a una democratización, liberalización u occidentalización de sus almas.

Hay un segundo grupo, que se ha replegado y mantiene en rescoldo los viejos calores, a la espera de un reverdecimiento que vuelva propicio el retorno a «la lucha por el socialismo». Muchos de ellos mantienen su rol profesional al amparo de organizacio-

nes públicas pero no totalitarias, como el ámbito universitario, o privadas pero separadas de los caudales ideológicos ahora dominantes.

Tal vez estos dos sean los comportamientos más abundantes, pero me parece que existe otra constelación, más arduamente asible por sus características menos nítidas, menos instrumentales, más actitudinales: es el de la cantidad de militantes, de críticos, de gente inquieta, que ha abandonado toda pretensión programática para las modificaciones sociales que nos franquee el paso a una vida más vivible, pero que no trasmutan la vieja derrota en un *aggiornamiento* profesional ni un repliegue «táctico» sino en una verdadera crisis acerca de la sociedad y de sus potencialidades de transformación. Lo cual significa una suerte de desnudamiento interior que no es sino una crisis acerca de qué y cómo es el mundo. Para estos agónicos, Majaiski puede ser un removedor, pese a su relativa pérdida de vigencia.

Porque puede aportar tanto a las sendas del «pensamiento alternativo», a lo que procura oponerse al «pensamiento único» que trata de persuadirnos de que el doctor Pangloss tenía razón, como a quienes insisten en que el triunfo presente del neoconservadurismo, este retorno al capitalismo manchesteriano de hace dos siglos, no es sino un paréntesis, abierto con la última década del s. XX que ya anuncia su agotamiento, con crisis como la de 2008. Para éstos, próximamente nos reencolumnaremos, tras esta breve digresión, en «la senda histórica del socialismo»; creencia que, al menos en tales términos, me resulta ajena.

Su desnudamiento del «paraíso socialista» diez años antes de 1917 es sencillamente estremecedor:

> He aquí porqué la intelectualidad democrática aguarda con impaciencia, más que los mismos burgueses, el progreso ulterior de la sociedad burguesa, en general, y las democratizaciones sobrevenidas con él. He aquí porqué esta intelectualidad democrática explica a las masas que se insurgen que su emancipación no se alcanzará a través de la lucha económica, del ataque a la bolsa de sus amos, sino exclusivamente a través de la lucha política, es decir de la lucha para instaurar un régimen tal que esa bolsa pueda

> acrecentarse de un modo mejor en primer lugar, y sobre todo pueda entreabrirse para la cofradía sapiente. He aquí porqué la intelectualidad considera a la democratización de la sociedad, es decir su propia penetración en todos los poros del estado burgués, como la garantía suficiente de que la socialización constituirá por sí la entrada en un verdadero paraíso y no una nueva prisión, mucho más hermética que la anterior.[1]

Lo mismo puede decirse de su perspicacia para ver el papel que en una perspectiva revolucionaria, los intelectuales se atribuyen a sí mismos y le atribuyen a otros.

Percibirlo y denunciarlo décadas antes de que plasmara el intelectual orgánico en el Estado soviético, en un amplísimo despliegue que cubre desde Trotski con sus proyectos de trabajo forzado, Zhadov con su realismo socialista, pasando por Neruda con su *Oda a Stalin* y por Liberman explicando durante el posestalinismo porqué los *apparatchik* tenían que tener ingresos varias veces superiores a los de obreros, es francamente notable.

Qué decir de su acercamiento a la noción del conocimiento como poder, ciertamente muy elaborado en la segunda mitad del s. XX por estudiosos como M. Foucault, pero analizados por Majaiski medio siglo antes...

Esto no significa aceptar acríticamente el traslado de las observaciones de Majaiski al mundo actual. A día de hoy, el neoconservadurismo ha fomentado la proletarización de intelectuales y, en general, la intelectualización de la sociedad entera es un fenómeno que ha cambiado cualitativamente los términos en los cuales podemos hablar de los sujetos sociales. Nos parece que, al menos hoy, no podemos hablar de una capa indiferenciada de intelectuales. Que hay que distinguir los investidos científicamente de los artistas, por ejemplo.

También las representatividades, las exclusividades profesionales o su falta, complejizan y matizan el cuadro tan rotundamente

---

1. «La conspiración obrera», pag. 38 de la presente edición y en Futuros, nov.-dic. 2000, p. 49.

descrito por Majaiski. Las *manos blancas* no garantizan el pensar, así como pensar tampoco garantiza tener las *manos blancas*.

Algo de ello ya señalaba el historiador Alain Besançon en *Los orígenes intelectuales del leninismo* (1977) tomando distancia: «Majaiski es un intelectual que descubre su propia demagogia y querría curarse de ella […]».

Así y todo, su descripción del núcleo de la crítica majaiskiana es respetuoso… de Majaiski… y de la realidad: para Majaiski

> el saber era un medio de producción y que, en consecuencia, la *intelligentzia* era una clase explotadora. Esta nueva clase se labra un puesto, aliándose a las demás clases trabajadoras, poniéndolas al servicio de su propio capital, que es el saber, y utilizándolas como masa de maniobra para alcanzar sus objetivos. La socialdemocracia es la ideología de clase de la intelligentzia. La noción «sociedad sin clases» es el opio de la clase obrera engañada. (ibíd.)

En resumen, los antídotos elaborados por Majaiski siguen activos, aun con sus desajustes.

Una advertencia final sobre los múltiples corchetes que señalan pasajes ausentes. Alexandr Skirda, el editor de la selección de trabajos de Majaiski del cual hacemos esta extracción[2] retraduciéndolo del francés al castellano, presentó su compilación en 1979. Época en que el socialismo estaba o parecía estar en auge (Vietnam y Afganistán, por ejemplo, tenían entonces luces muy distintas a las actuales). Skirda explicita en un prólogo que ha editado seleccionando los pasajes «más actuales y pertinentes»[3].

En el pos«socialismo real», tras el colapso soviético y en un mundo globocolonizado –como bien denomina Frei Betto a nuestro presente– la actualidad del texto de Majaiski se ha reducido, ha cambiado incluso de sentido. Ya no va a servir particularmente,

---

2. *Le socialisme des intellectuels*, Éditions du Seuil, París, 1979.
3. Los corchetes […] son de Skirda, salvo aclaración en contrario: Skirda «actualizó» así los textos de Majaiski.

como cuando fue pensado y escrito, para analizar las posiciones y los ardides de la ideología socialista, pero bien nos puede servir para analizar también otras ideologías, el papel de los intelectuales en los sistemas de dominación (¿intelectuales orgánicos de qué?) y otras cuestiones que es mejor ir dejando libradas al lector.

La ciencia socialista, nueva religión de los intelectuales[1]

[1905]

El socialismo del s. XIX no es, como lo afirman sus creyentes, un ataque contra los fundamentos del régimen de despotismo que existe desde hace siglos bajo la forma de toda sociedad civilizada, vale decir, el Estado. Es nada más que el ataque a una forma de ese despotismo: la dominación de los capitalistas. Incluso en caso de victoria, este socialismo no suprimirá el pillaje de siglos, eliminará únicamente la propiedad privada de los medios materiales de producción, la tierra y las fábricas. No suprimiría más que la explotación capitalista.

La supresión de la propiedad capitalista, es decir de la posesión privada de los medios de producción no significa la desaparición de la propiedad privada familiar en general. Es justamente la institución de esta última la que garantiza el pillaje secular que asegura a una minoría poseedora y a su descendencia todas las riquezas y toda la herencia cultural de la humanidad. Es precisamente esta institución la que condena a la mayoría de la humanidad a nacer esclava, tener una vida de trabajos manuales. La expropiación de la clase de los capitalistas no significa en absoluto la expropiación de toda la sociedad burguesa.

---

1. Aunque la edición original fue en ruso, en Ginebra, el recopilador, Alexandre Skirda, cuyo texto tradujimos del francés, remite su versión a la de *Le travaillerur intellectuel*, Nueva York, Baltimore, 1968. Skirda aclara sobre su recopilación –que alcanza a un sexto de la obra de Majaiski–: «hemos elegido los tramos más 'compactos' sobre la base de lo que nos ha parecido más actual y pertinente [los saltos están señalados con corchetes]». Título del original francés: *La science socialiste, nouvelle religion des intellectuels* en *Le socialisme des intellectuels*, Éd. du Seuil, París, 1978 [n. del trad.].

Por la sola supresión de los capitalistas privados, la clase obrera moderna, los esclavos contemporáneos, no dejan de ser esclavos condenados a un trabajo manual durante toda su vida; en consecuencia, la plusvalía nacional creada por ellos no desaparece sino que pasa a través de las manos del Estado democrático, y se constituye como fondos de sostén para la existencia parasitaria de todos los pícaros, de toda la sociedad burguesa. Esta última, después de la supresión de los capitalistas, continuará siendo una sociedad bajo un sistema de dominación como hasta ahora, la de los conductores y gobernantes cultivados, el mundo de los «manos blancas», que quedarán en posesión de los beneficios del país, que se repartirán de la misma forma como hasta ahora: como «honorarios» de los «trabajadores intelectuales», gracias a la propiedad y al modo de vida en familia con el que este sistema se conserva y se reproduce generacionalmente.

La socialización de los medios de producción no significa más que la abolición del derecho de propiedad privada y de la gestión privada de fábricas y tierras. En sus ataques al industrial, el socialista no roza siquiera los «honorarios» del director fabril y el ingeniero.

El socialismo del siglo pasado deja inviolables todos los ingresos de los «manos blancas» en tanto que «salarios de trabajadores intelectuales», y declara que la intelectualidad «no está interesada y no forma parte de la explotación capitalista» (Kautsky).

El socialista contemporáneo no puede ni quiere suprimir el pillaje y la servidumbre seculares.

En la segunda mitad del s. XIX, el socialismo se ha proclamado por todas partes ciencia social. A continuación de la economía política «proletaria» se crea ahora una sociología «proletaria» y una historiografía «socialista».

La ciencia social no puede ser el enemigo del régimen de servidumbre que existe desde el desarrollo histórico de la civilización. No desea ser otra cosa que el analista imparcial de ese desarrollo histórico; por consiguiente, no es su enemigo sino más bien su tutora.

Entretanto, el socialismo ha experimentado una tendencia irresistible a convertirse en una verdadera ciencia social. Los sabios

socialistas se alejan progresivamente de la idea de que toda historia pasada de las sociedades civilizadas no es sino la historia de la servidumbre de la mayoría de la humanidad, que las leyes históricas de los siglos pasados y las de nuestra época, son leyes fundadas sobre el pillaje, *la expresión de la voluntad de la minoría dirigente,* y se dedican en cambio a analizar estas leyes como si fueran objetivas, para describir el desarrollo de la comunidad humana, ocupándose en «revelarlas y formularlas para poder someterse a ellas».

Gracias a la propagación de la fe, los sabios socialistas han llegado a persuadir a las masas obreras de que sometiéndose a la marcha histórica objetiva, se someten al mismo tiempo, sin duda alguna, a las leyes de la naturaleza del s. XIX, que nos preparan el paraíso socialista.

Con este plan, la ciencia socialista se revela como un simple medio de embotamiento del espíritu de revuelta de los obreros; se convierte, pese a su ateísmo, en una simple meditación religiosa y en una oración para el advenimiento del paraíso socialista. Se convierte en una religión que embota el espíritu y la voluntad de los esclavos del régimen burgués.

La ciencia socialista marxista ha creado una verdadera providencia socialista, gracias a cuya acción la «producción capitalista cava su propia tumba», se destruye a sí misma *por su propio desarrollo*; y las irreversibles leyes económicas, independientes incluso de la voluntad de los hombres, llevan directamente al «reino de la igualdad y la libertad».

Los años pasan y las profecías marxistas de los sabios socialistas revelan su identidad con las profecías de tantos otros predicadores y sacerdotes. Prometen a los esclavos de la sociedad burguesa la dicha después de la muerte, garantizan el paraíso socialista a sus descendientes.

La certidumbre inquebrantable de la religión científica marxista en el advenimiento inevitable del reino socialista de la libertad bendice al mismo tiempo el progreso burgués, el «progresismo», la «legitimidad», la «conformidad en los objetivos» del régimen contemporáneo fundado sobre el pillaje. La creencia marxista en

el pasaje inevitable del capitalismo al socialismo; la creencia en el capitalismo como premisa indispensable para la instauración del socialismo, se convierte a la larga en el equivalente de un [...] alto grado de amor al progreso burgués, al desarrollo de la dominación total de la burguesía, al pillaje burgués total. Los creyentes, los verdaderos socialistas proletarios, compenetrados en la religión marxista, se convierten en los mejores combatientes por el progreso burgués, los apóstoles más entusiastas y los más cálidos participantes de la revolución burguesa.

La «pureza» original del evangelio socialista, a pesar de todas las deformaciones llevadas a cabo por los malos pastores de la socialdemocracia no ha podido perderse ni olvidarse. La enseñanza contemporánea del anarquismo se plantea como tarea la de retornar a los principios inquebrantables del socialismo del siglo pasado, en toda su pureza. Al contrario que el oportunismo de la socialdemocracia que ha escandalizado y corrompido a las masas por su aspiración a la reforma y al desarrollo del régimen contemporáneo, la enseñanza anarquista convoca a las masas a la aspiración pura del ideal, a un movimiento directo, sin etapas, hacia el «objetivo final».

[…]

Los mismos anarquistas no pueden negar la sentencia de Bernstein según la cual en la vida, en la lucha práctica y «real», cada paso del socialista no puede evitar ser un compromiso y una defección respecto de la doctrina; tanto más que entre ellos, entre los anarquistas, ha surgido últimamente una práctica específica (el anarcosindicalismo francés). El anarcosindicalista, por su sola participación en cualquier huelga, traiciona sus principios, puesto que entonces no lucha ya por el «objetivo final» sino por «concesiones», por «reformas».

Aparentemente, el socialismo del siglo XIX no puede encontrar un camino sin un acomodamiento con el orden burgués existente.

Semejante vía se reencuentra, total y exclusivamente escrita entrelíneas dentro del régimen burgués contemporáneo. El socialismo del s. XIX, incluso bajo su variante más radical, el anarquis-

mo, se convierte en un acontecimiento totalmente legal dentro de una república democrática, bajo la forma de sindicalismo y de la «propaganda del ideal anarquista». Los anarquistas más irreductibles se convierten en ciudadanos bien intencionados, como los socialdemócratas de la sociedad contemporánea, y no pueden ya conspirar contra las «libertades» democráticas, de expresión, de «prensa», de «asociación», que otorgan la posibilidad de acuerdo con sus convicciones (que son a este respecto las mismas que las de los socialdemócratas) de una preparación legal de la revolución social.

La actividad clandestina y conspirativa deviene para los anarquistas en el Estado democrático tan utópica, tan blanquista, como para cualquier socialdemócrata.

De hecho, la única vía directa de subversión del orden de servidumbre vigente, la única vía libre de todos los compromisos con la legalidad burguesa, es la de la *conspiración clandestina con miras a transformar las huelgas obreras frecuentes y violentas en una insurrección, en una revolución obrera mundial*. Esta vía se encuentra totalmente fuera de los límites de la enseñanza socialista actual.

Los socialistas del s. XIX se declaran los enemigos revolucionarios irreductibles, *no del régimen contemporáneo de clases, no del régimen burgués en general sino únicamente de la forma de sociedad civilizada* que nace a comienzos del desarrollo de la producción capitalista, cuando ésta, explican los marxistas, no ha podido desplegar todavía su papel progresista, y no manifiesta sino sus rasgos más sombríos.

Es precisamente en la medida en que el socialismo se desarrolla como ciencia que se refuerza y se elabora la conciencia de los socialistas acerca de su hostilidad irreductible respecto a la forma monstruosa de la sociedad contemporánea, adquirida a través de la explotación capitalista, y solo respecto a ella.

Presentado de este modo, el socialismo en tanto que *ciencia* no puede expresar más que una rebelión contra las «anormalidades mórbidas» de la sociedad contemporánea, no contra la sociedad civilizada en general.

En efecto, ¿cuáles son los motivos, las razones para atacar al régimen burgués actual, de acuerdo con la doctrina socialista? En primer lugar, el agravamiento de la situación de la población, en comparación con el estado en que se vivía en formaciones sociales anteriores, como consecuencia de la ofensiva de la producción capitalista. A continuación, el comportamiento desordenado de la economía, la «anarquía» de la producción, la incapacidad de la sociedad actual para garantizar una evolución justa y constante de la vida económica del país.

La enseñanza marxista predice la caída del capitalismo con independencia de la voluntad de los hombres, y predice la necesidad objetiva del socialismo para la sociedad existente. El objetivismo marxista constituye un sistema que reposa por completo en postulados de este tipo.

El régimen socialista se convierte en una necesidad para todos, puesto que las crisis no le permiten a la sociedad existir bajo su forma anterior. Los socialistas no se rebelan para derrocar la sociedad actual, contra el régimen capitalista, sino para curarlo de sus crisis. Lo cual no significa en absoluto el derrocamiento del régimen secular de servidumbre, sino por el contrario, su reafirmación.

Los socialistas científicos declaran que el régimen capitalista es incapaz de sobrevivir, puesto que no está siquiera en condiciones de cumplir lo que realizaban incluso los regímenes autoritarios anteriores, es decir ni siquiera puede ocupar toda la fuerza de trabajo que, al contrario, dilapida mediante el *desempleo*.

El capitalismo en tanto que el peor estadio de la sociedad civilizada, concentra, al contrario de lo que acontecía en el pasado, todas las riquezas en un *puñado de magnates*. No sólo no les permite esperar una mejora a los elementos más fuertes de las clases inferiores sino que incluso amenaza su existencia. Expropia así a los mismos capitalistas. *Disminuye el número de propietarios.* Entonces sobreviene el tan conocido argumento del socialista científico: hacia fines del s. XIX había un campesinado y un artesanado florecientes, los compañeros oficiales más empeñosos tenían la posibilidad de acceder a la condición de maestros; las individualidades más capaces mantenían incluso la posibilidad de elevarse a

posiciones privilegiadas. Las formas antiguas de la sociedad mantenían entre los explotados la esperanza de que los más hábiles de entre ellos, el uno por ciento, por ejemplo, o el uno por mil, podrían convertirse en maestros. El capitalismo ha casi aniquilado esa posibilidad y por ello mismo se ha condenado a desaparecer. Es incapaz de multiplicar el número de maestros.

Los socialistas son los enemigos del orden existente porque éste no sabe llevar adelante la economía racionalmente, es incapaz de progresar, los gobiernos son demasiado ignorantes e incapaces de resolver los problemas de la vida, que surgen y se desarrollan cada vez más.

El *Manifiesto comunista* se esfuerza por presentar todo esto lo más claramente posible:

> Es, pues, evidente que la burguesía es incapaz de desempeñar el papel de clase dirigente y de imponer a la sociedad como ley suprema las condiciones de existencia de su clase. No puede mandar porque no puede asegurar a su esclavo una existencia compatible con la esclavitud, porque está condenada a dejarle decaer hasta el punto de que deba mantenerle en lugar de hacerse alimentar por él. La sociedad no puede vivir bajo su dominación; la que equivale a decir que la existencia de la burguesía es en lo sucesivo incompatible con la de la sociedad. [2]

Basta con recordar la naturaleza de la polémica entre los «ortodoxos» y Bernstein para confirmar lo que hemos dicho más arriba.

Para probar que no tiene sentido ser revolucionario en Europa occidental, que la socialdemocracia en tanto que defensora de la clase obrera, debe hacerse reformista, Bernstein debía demostrar que el capitalismo contemporáneo no representaba sino un agravamiento del régimen social en comparación con el que lo había precedido. Todos los ortodoxos reconocieron que la existencia del socialismo científico estaba ligada del modo más estrecho con la resolución de este problema, en un sentido o en otro.

---

2. *Manifiesto cumunista*, C. Marx y F. Engels. Ediciones El Aleph, Argentina, 2000. Tad. de M. P. ALBERTI. Pág. 47.

El derrocamiento del orden actual no puede ser posible y aceptable sino cuando degenera o se hace impotente.

Kautski lo reconocía de manera harto ingenua. Si es cierto, decía, como sostiene Bernstein, que la crisis que amenaza sin cesar al mundo industrial llegara a desaparecer, si el capitalismo no aniquilase a las capas medias, si el número de propietarios no disminuyese, entonces no habría razón para derrocar al orden existente y, en general, para ser socialista (véanse sus artículos contra Bernstein en *Vorwärts*).

La degeneración de las clases dirigentes, para un marxista o para cualquier otro socialista contemporáneo, representa la premisa indispensable para la supresión de la esclavitud. Si la sociedad burguesa es capaz de desarrollarse, su derrocamiento se torna impensable. No se puede aspirar a una revolución violenta si uno mismo no cree ni puede convencer a los demás de que la burguesía es débil, que el régimen burgués se «descompondrá» muy pronto e inevitablemente por sí mismo.

Los ortodoxos que experimentaban la necesidad de calmar la intransigencia de sus huestes, dirigida únicamente contra las leyes y las autoridades que impiden el progreso burgués (tal es la posición en que se encuentra la socialdemocracia rusa a partir de la existencia del zarismo), son llevados a forjar la creencia en una «bancarrota de la burguesía» inevitable e inmediata. Lo hacen a despecho de todos los escamoteos de prestidigitación que esto les obliga a cumplir. De este modo, para Parvus, el mismo que considera a la revolución socialista tan remota como todo bernsteniano, únicamente una revolución burguesa es posible en Rusia en el momento actual; el mismo Parvus demostrará de inmediato apoyado en cifras, que «la catástrofe industrial y la bancarrota definitiva de la burguesía se producirán necesariamente muy pronto».

El marxismo aspira a comprobar su revolucionarismo y su carácter intransigente muy de otro modo que luchando con intransigencia contra el régimen de pillaje. Se contenta con demostrar que el mismo momento histórico, las leyes mismas de la sociedad humana, independientes y por encima de los hombres –lo cual es

una verdadera predicción socialista– no hacen sino condenar a la sociedad burguesa a la debilidad y a la ruina, y al mismo tiempo le da al marxismo la posibilidad de liberar al mundo de la servidumbre.

Pero no hay videncia socialista, no hay ninguna ley de desarrollo de la sociedad independiente de la voluntad de los hombres. No hay fuerzas de la naturaleza que puedan recompensar a los «buenos» oprimidos en razón de sus desdichas, y que castigarían a los opresores injustos por sus malas acciones. Los socialistas se indignan y luchan contra el agravamiento del régimen de clases; *su lucha puede suprimir este agravamiento* pero no el régimen de clases en sí mismo.

Es por ello que a despecho de las expectativas y las esperanzas de creyentes ingenuos, el socialismo científico no puede más que colaborar activamente con el desarrollo del progreso burgués. En el socialismo científico esto constituye una conciencia específica y muy profunda. Por sus profesiones de fe, la socialdemocracia tiende a granjearse a todos los elementos capaces y competentes de la sociedad burguesa contemporánea. En *Interés de clase* Kautsky declara:

> Si la socialdemocracia se ha convertido en el único partido que lucha por el progreso social, debe simultáneamente convertirse en el partido de todos los que aspiran al desarrollo ulterior de la sociedad. [...]
>
> En la actualidad sólo el proletariado y su partido son los que representan los intereses del progreso social, y al mismo tiempo, los intereses vitales de toda la sociedad [...] Los intereses proletarios coinciden actualmente con los de la nación.

Del mismo modo que la religión cristiana, que después de haber condenado el mundo del mal lo ha encarnado ella misma de un modo sin parangón, análogamente, los partidos socialistas, que han condenado a la ruina al orden existente se convierten, bajo la condena de los ortodoxos, en los partidos del progreso burgués.

La fe socialista ha empujado a todos sus fieles a luchar por el progreso burgués, por el reforzamiento y el desarrollo de Estados burgueses constitucionales. La democracia industrial y política, la obra cultural en las municipalidades, el cooperativismo y los sindicatos, todo esto debe preparar a los obreros para la vida socialista.

Los anarquistas irreductibles argüirán que el mundo del mal burgués ha corrompido únicamente a los socialdemócratas, que la caída y el oportunismo de estos últimos se presentan como la continuación de su participación en los órganos legislativos actuales. En cuanto a ellos, los anarquistas, postulando la no participación en la política, estarán al abrigo de semejante degeneración.

Lo que hemos señalado más arriba acerca de la naturaleza de toda la prédica socialista del s. XIX confirma toda la vanidad de las esperanzas y afirmaciones de los anarquistas. El fundamento de la prédica socialista –la fórmula de la socialización como panacea– bajo cualquier forma, incluso la más pura, no es por sí misma más que una ofensiva contra una de las formas de pillaje, y no contra el pillaje secular en su totalidad. Nada más se puede esperar de la doctrina anarquista, pues ella intenta conservar –del mismo modo que las otras doctrinas socialistas– el único evangelio socialista revelado desde hace tiempo, y se amuralla en ello.

En efecto, el principal teórico del anarquismo contemporáneo, Kropotkin, llama a todo el mundo a la revolución poniendo sobre el tapete los mismos motivos que los socialistas científicos. Podemos leer en *Palabras de un rebelde* [3] lo siguiente:

> Dos hechos predominantes se desprenden del fondo oscuro de la tela: el despertar de los pueblos, sumado a la bancarrota moral, intelectual y económica de las clases directoras, y el esfuerzo impotente de estas mismas clases para impedir el despertar. (p. 30) [...] [estas clases gobernantes] …siempre con miedo, con los ojos vueltos hacia el pasado, incapaces de realizar nada que sea duradero. (p. 32) [...] Una enfermedad incurable los amenaza a todos: la vejez

---

3. *Palabras de un rebelde*, Piotr Kropotkin. 2001, editorial Edhasa, Barcelona. Trad. de David León Gómez.

> senil, la decrepitud. (p. 37) [...] Si las clases directoras tuvieran el sentimiento de su conservación, se darían prisa en ponerse al frente de estas aspiraciones; [nuevas de los pueblos] pero, envejecidas con la tradición, sin otro culto que el de la bolsa, se oponen con todas sus fuerzas al progreso de las nuevas ideas. (p. 38)
> [...] El obrero se da cuenta de la incapacidad de las clases gobernantes; incapacidad para reorganizar la industria e incapacidad de reorganizar equitativamente la producción y el cambio. (p. 36)

Ya sea bajo la bandera del socialismo científico o la del anarquismo, los trabajadores llevan la ofensiva contra las «clases gobernantes», únicamente porque ellas son «incapaces de administrar la industria, de organizar la producción y el intercambio», únicamente porque se han convertido en irreversiblemente «seniles». La actitud del anarquismo respecto del régimen secular de pillaje, como lo puede comprobar el lector, no es más hostil que la de los «socialistas parlamentarios» corrompidos. Muy al contrario, Kropotkin, aunque enemigo de todo gobierno, demuestra respecto a las «clases dirigentes» una ingenuidad infantil que costaría encontrar entre los socialdemócratas «corrompidos». Piensa que si «las clases dominantes» no se hubiesen puesto tan «seniles» y si «pudiesen tener el sentimiento de su posición, por cierto se apresurarían a ponerse al frente de estas aspiraciones», que ellas serían «capaces de llevar a cabo una acción durable». Todo lo cual crea gran perplejidad: ¿sobre qué base declara Kropotkin con toda su prédica que es hostil a *todo* gobierno cuando al mismo tiempo no se indigna sino contra las clases gobernantes *seniles*? Todos los gobiernos progresistas aparecidos más de una vez en el desarrollo histórico, gobiernos que «comprendían» las aspiraciones nuevas, comprendían igualmente, a su modo de ver, la necesidades del pueblo y garantizaban el bienestar de las masas populares.

¿Qué pasaría, entonces, si las clases dirigentes «seniles» fueran reemplazadas por otras, nuevas, jóvenes, no impotentes, no ignorantes? Entonces todas las razones para hacer la revolución, para derribar el gobierno, para ser anarquista, desaparecerían, caducarían. Esta cuestión fatal se perfila delante del anarquismo, con tanta fuerza como delante del socialismo científico, como en

general delante de todos los socialistas del siglo pasado. Muy a menudo en la historia, las revoluciones han eliminado a las clases dirigentes «seniles» para reemplazarlas por nuevas. ¿Dónde existe la garantía de que las clases dirigentes podrían cesar de existir en general y verdaderamente?

La única garantía que puede haber al respecto es *la aspiración consciente de las masas explotadas de derribar a todas las clases dirigentes, sean ellas retrógradas o progresistas.*

Según el razonamiento de los socialistas, la rebelión de los esclavos modernos no surge de la existencia de clases dirigentes en general sino a causa de su degeneración. Esto quiere decir que en la actualidad lo que existe es únicamente una fuerza de indignación y lucha dirigida exclusivamente contra el estancamiento y la degeneración de la sociedad dominante. ¿Dónde se encuentra la fuerza que derrocaría por completo la sociedad dominante, que suprimiría la existencia misma de las clases dirigentes? Se trata de una fuerza que está por encima de los hombres, es una fuerza histórica predestinada, que augura transformar la protesta contra la degeneración y la debilidad actual, del siglo presente, en una lucha contra la dominación en general. Los marxistas se afanan en desarrollar esta creencia por medio de consideraciones y promesas «científicas» y «económicas»; en cuanto los anarquistas lo hacen a través de la simple propaganda religiosa del ideal anarquista.

De manera similar a la fe cristiana, que no concibe en absoluto el reino celeste sobre la tierra y no hace más que contribuir a santificar el régimen de pillaje, la religión socialista no crea el paraíso socialista sino que, en rigor, no hace sino contribuir al progreso burgués, al nacimiento de nuevas y jóvenes clases dirigentes cuya ausencia ha motivado su lucha.

El socialismo del s. XIX se afana por comprender únicamente la debilidad y el proceso de descomposición de la forma contemporánea de dominación. Es comprensible, en consecuencia, que el misterio de la dominación en general, no sea ni percibido ni revelado. El socialismo no hace sino demostrar «la incompetencia» y la inadecuación de la sociedad dominante contemporánea, lo cual no prueba en absoluto, la «inadecuación», el parasitismo

y el pillaje de todas las dominaciones a lo largo de la historia. Al contrario, el marxismo considera como tarea principal demostrar la necesidad, para la comunidad humana, de las clases dirigentes que ya han aparecido a lo largo de la historia.

En consecuencia, el socialismo del s. XIX no desnuda –y no tiene ninguna intención de hacerlo– el fundamento de toda dominación, débil o fuerte. No quiere ni siquiera reconocer, ni tomar conciencia ni en realidad ver el pillaje constante que ha representado y representa la existencia misma de amos en el curso de toda la evolución histórica.

No tiene la fuerza ni la voluntad de crear las verdaderas premisas humanas que engendrarían la caída del régimen secular de pillaje y violencia. Por el contrario, su tarea fundamental consiste en granjearse la confianza de las masas e insuflarles la fe inquebrantable de que constituye, precisamente, la única vía para el derrocamiento del régimen de opresión. He aquí su tarea más primordial: convencer del advenimiento inevitable del paraíso socialista, «independientemente de la voluntad de los hombres», simplemente provocado por el transcurso histórico y la acción de leyes históricas y objetivas.

¡Pero ésa es la tarea clásica de toda religión y la religión socialista lo logra de un modo brillante! La ciencia positivista y atea del s. XIX no ha preservado a los socialistas de inventar una sustancia sobrenatural y una nueva forma de providencia. Muy por el contrario, en el momento mismo en que el socialismo ha sentido la necesidad irreprimible de convertirse en una ciencia que devele y explique las leyes del desarrollo social, se ha puesto a elaborar ficciones religiosas. La ciencia socialista nos ha dejado los mismos frutos que la ciencia de los sacerdotes paganos o la de los teólogos cristianos.

Los anarquistas se esfuerzan en demostrar que, si la ciencia de los marxistas se ha revelado tan mortífera para el socialismo revolucionario, esto se debe a que no han utilizado los auténticos fundamentos y los métodos de la ciencia moderna, sino aquellos propios de una metafísica envejecida y principalmente de la gastada enseñanza de los hegelianos. Los anarquistas, por el contrario,

han planteado como fundamento de su doctrina un positivismo estricto, el método «verdaderamente» científico de las ciencias naturales, el método inductivo y deductivo que nos preserva de toda metafísica y garantiza la infalibilidad de la enseñanza socialista.

Los anarquistas, con su aspiración a la «cientificidad» a la par de la de los marxistas, no hacen sino mantener al socialismo en el terrreno de las creencias. La ciencia socialista cumple aquí una función común a todas las religiones, por su pretensión de «cientificidad», de objetividad, por su carácter omnisciente y obligatorio por todas partes y para todos.

La conspiración obrera

[Ginebra, 1908]

¿Qué es el socialismo y quién lo necesita?

¿Qué es el socialismo?, ¿qué quieren los socialistas y qué critican?

La raíz del mal –sostienen– es la propiedad privada de los medios de producción; individuos que poseen los instrumentos de trabajo, la tierras, las fábricas...

Pero, ¿han proclamado ya los liberadores que todo el mal consiste en la pertenencia de esclavos a amos distintos?

Los socialistas dicen que si se deja de lado a los pequeños propietarios campesinos y a los artesanos que no emplean a nadie y que tampoco se alquilan, y que de todos modos muy pronto se convertirán en proletarios, la sociedad contemporánea se encuentra dividida entre un puñado de propietarios de tierras e industriales, que recogen los frutos del trabajo ajeno y los proletarios que viven de la venta de su fuerza de trabajo [...] y que de esto proviene todo el mal. Y que si se modificara este estado de cosas, de modo tal que la tierra y las fábricas no fueran ya propiedad privada, sino que pertenecieran a toda la sociedad, y que no hubiera ya más patrones, entonces aparecería la feliz república de los trabajadores. Nadie podría vivir del trabajo ajeno, todo sería bueno para todos, puesto que la raíz del mal habría sido extirpada; la propiedad privada de los instrumentos de producción.

[...] Veamos un poco más de cerca esta fábula socialista. Si se descarta al pequeño propietario, según ella, la sociedad contemporánea representa, fuera de un puñado de grandes propietarios, una tropa indiferenciada de proletarios asalariados del capital, humillados por él, de un modo idéntico, ganando todos por igual su pan con el sudor de sus frentes, unos con las manos, otros con su cerebro... ¡Sí!, todos son trabajadores, los hacheros, los labriegos, los tejedores, los ingenieros, los profesores, los contables... sí, pero algunos llevan a cabo exclusivamente un trabajo manual de productores-esclavos en tanto que otros cargan el fardo patronal de

la dirección y la organización de esa misma mano de obra, y llevan a cabo lo que los patrones han practicado en todos los tiempos, y lo que realizan todavía hoy en día algunos capitalistas y grandes latifundistas.

Es verdad que los intelectuales, al igual que los proletarios sin calificaciones, deben vender su fuerza de trabajo para vivir, «alquilarse» a un patrón o a toda la sociedad, al Estado. Sin embargo, el obrero vende sus manos desnudas, la fuerza física de le ha sido dada por la naturaleza; del mismo modo que cualquier animal, él vende su sudor y su sangre. El intelectual otorga al mercado los conocimientos que ha adquirido gracias al trabajo de los obreros, como el capitalista ha adquirido a su vez la fábrica; puesto que, mientras él estudiaba en la universidad, viajaba a hacer sus prácticas al extranjero, los obreros se debatían en la fábrica, producían los medios para su capacitación, su enseñanza «a favor de la humanidad» [...]. Él vende a los capitalistas su saber hacer para extraer del mejor modo posible el sudor y la sangre de los obreros. Vende el diploma que ha adquirido gracias a la explotación de aquéllos [...].

¿Trabaja más porque ha tenido la posibilidad de estudiar sobre las espaldas de otro en lugar de trabajar? En cuanto al obrero, no puede más que sobrevivir con su salario y perpetuarse en el mercado de trabajo como ganado laborioso, mientras el intelectual vive como los amos y hace de sus hijos «señores». Así como el propietario lega sus bienes, el intelectual transmite el privilegio de su trabajo ligero, propio y ganancioso, a su descendencia [...].

¿Significa esto que habría otros parásitos amén del puñado de propietarios de los medios de producción? No hay sino más con cada año que pasa, con cada paso dado por la civilización [...], con el patrón se encuentra el ingeniero y una docena de sus ayudantes, y por el otro lado, se presenta una jauría de empleados al «servicio» de la sociedad, así como miembros de diversas profesiones liberales; los socialistas no pueden conocer –no pueden siquiera plantearse la pregunta– acerca de los medios mediante los cuales, no poseyendo ningún derecho sobre la tierra y las fábricas, no poseyendo ningúna «propiedad», esta gente se aprovecha del trabajo de los obreros. Son gente inocente, dicen los socialistas, ¡viven de su trabajo!

Callándose en este punto, los socialistas dejan en penumbra y en paz la mejor parte de las ganancias realizadas por el patrón después de su repartija con sus intelectuales mercenarios. El patrón es, ante todo, un organizador intelectual, no se contenta con ser meramente propietario. Mete en su bolsillo izquierdo los dividendos por su aporte de capital, y en el derecho una recompensa por su «esfuerzo», su «penuria», no sólo por el «riesgo» corrido sino igualmente por su «iniciativa», por su gestión consecuente, en una palabra, por su penoso y pesado trabajo de organizador. Los socialistas no piensan siquiera atentar contra esta clase de ganancias. Al contrario, expresan de mil modos su respeto por este bolsillo del patrón. Y bien; este bolsillo es una vía de ingreso bajo la forma de remuneración a los organizadores; cada intelectual tiene el mismo bolsillo.

Por consecuencia, hay un papel en el bolsillo derecho del patrón que señala que toma –en tanto que organizador del negocio– todo el beneficio que comparte con sus ayudantes. Es aquí que se encuentran las finanzas consagradas a la remuneración de la organización –por el patrón y toda su sabia hermandad– necesaria para la producción contemporánea. En el bolsillo izquierdo tiene otro papel más que estipula que en el momento del reparto el patrón deberá quedarse con una plusvalía, en tanto que dividendos del capital.

Entonces, cuando el socialista exclama: ¡abajo la propiedad privada!, significa que hay que desgarrar el papel que se encuentra en el bolsillo izquierdo del patrón y que lo provee de ventajas particulares en relación con otros explotadores, y que es preferible transferir el dinero de este bolsillo al de la derecha, a la suma total del ingreso nacional... ¡Ni más ni menos! ¡En esto consiste todo el socialismo!

El patrón no se queda sin medios para asegurar favorablemente a su descendencia, ni sin poder sobre los no-propietarios, le queda como le quedó al propietario feudal. Pero es la intelectualidad la que se apropia de todo el beneficio.

[...] No sin razón el socialista no quiere organizar el ataque directo contra las ganancias. ¡Es que son las que no piensa disminuir en ningún momento! En tanto que intelectual quiere obtener úni-

camente, eliminando al capitalismo, un reparto más armonioso de las ganancias en el seno de las sociedad dirigente. Si además se la pasa hablando de métodos más racionales de extracción y aumento del ingreso nacional.

El socialismo no es la rebelión de los esclavos contra la sociedad que los despoja: son las quejas y los planes de rapacería pequeña, del intelectual humillado que está comenzando a tener parte del control y le disputa al patrón sus beneficios, extraídos de la explotación de los obreros.

Examinemos más circunstanciadamente *cómo* y *por qué* el socialista critica al patrón capitalista. Examinemos su propio razonamiento.

En la actualidad los patrones ya no organizan el trabajo de sus obreros, han cesado de dirigirlos por sí mismos, de ejercer el mando directo, y han transmitido estas tareas a la intelectualidad asalariada, en tanto viven la buena vida en sus balnearios y se contentan con recibir sus cupones. Veamos qué dice el socialista. *Por esto último* que hacen, los capitalistas han *devenido, ahora*, parásitos. Mientras extraían los beneficios con su propio órgano succionador, no lo eran, ¡desde el punto de vista de la prédica socialista! No hacían sino cumplir «un papel socialmente útil». Análogamente, antes que ellos, los nobles esclavistas eran necesarios y útiles (uno puede preguntarse en todo caso, para quiénes). Fueron quienes organizaron las primeras grandes explotaciones (¿a favor de quién, con quiénes?). Defendían a los villanos contra los nobles vecinos (del mismo modo que el lobo defiende a la cabra que acaba de apresar contra uno de sus congéneros vecinos) [...] En tanto el noble era el explotador casi único y en todo caso el más activo, no podía ser un parásito. En eso se convierte cuando a su costado se agranda el capitalista, quien emprende mejores trabajos que él y tiene necesidad de caminos seguros y bajo control, por eso es que se pone a organizar con los reyes y príncipes grandes Estados fuertes, para luego pasar a la organización directa del trabajo de los esclavos, a la vista de ganancias bastante más considerables. El noble se convierte en parásito *porque* deja de ser el principal comanditario del negocio, *porque* ya no es su organizador; al contrario, sus viejos privilegios –la posesión de esclavos, etcétera– impide a los nuevos

amos manifestar todas sus capacidades, desarrollar sus métodos para acrecentar el bienestar de las clases privilegiadas.

Así piensan y enseñan todos los señores socialistas, y si los socialistas científicos se caracterizan por ello, mucho más todavía los socialdemócratas.

¿*Por qué* tendrían ellos que justificar al capitalista e incluso al noble feudal, siendo que éstos erigen un sistema social de explotación?

Para que los bienes acumulados al cabo de los siglos en las manos de la sociedad dirigente, en medio de ese «progreso», sean considerados como bienes inviolables. Para preparar a fondo la justificación y la legitimación de la deducción de todos los beneficios, de todo el «ingreso nacional», del «disfrute social», por la cofradía sabia que se apresta a tomar el lugar de los viejos explotadores. Esta cofradía que los socialistas siempre dejan en la sombra cuando enumeran a los explotadores actuales señalando con el dedo a los capitalistas y a los grandes terratenientes.

¿Un explotador acaso no sería parásito más que cuando *cesa* de *organizar por sí mismo la explotación*? Si los socialistas juzgan a los capitalistas como prescindibles y nocivos para la sociedad hoy, es porque no organizan ya la producción; por lo tanto, quienes sí lo hacen en su lugar no serán parásitos en absoluto, aunque se alcen jugosos beneficios. Por lo tanto, según el derecho socialista, son ellos quienes deben ocupar el lugar de los amos, y si toda la ganancia termina en sus manos, no significará, empero, que ellos sean ahora los parásitos de la sociedad. Al contrario, todo volverá a su cauce normal y natural. Lo que no habrá más en la sociedad es gente que percibirá beneficios sin tomar parte en la producción, aunque la esencia eterna de la esclavitud –la división de la sociedad entre explotadores/organizadores a un lado y esclavos/ejecutantes hambreados por el otro– se mantenga en su totalidad.

¿Es así? ¿Hay acaso un antagonismo radical entre los esclavos y los organizadores de la esclavitud, entre el trabajo ajeno y el propio, entre los que se aprovechan del trabajo manual y los productores explotados, entre los satisfechos de siempre y los hambreados de siempre? El socialista jamás remarcará esto, ni alrededor suyo ni

en el pasado. No ve más que el antagonismo entre los amos viejos y los nuevos. ¿Será por eso que él designa a la historia del pillaje utilizando términos tan convenientes como «historia del desarrollo de las fuerzas productivas de la humanidad» o del «progreso humano en general», será por ello que funda tantas esperanzas en este proceso «natural», conforme a las «leyes históricas»? [...] ¡No faltaba más! Los amos siempre se han beneficiado de cada «grado de desarrollo de las fuerzas productivas», siempre han ganado y mucho con cada paso de «progreso», tanto que les resulta totalmente «natural» aceptar de un modo u otro (dialéctico o no) la historia «de acuerdo con las leyes de desarrollo».

Por lo demás, no hay ninguna doctrina socialista que no se haya esforzado con mayor o menor elocuencia, en persuadir a los *capitalistas* que *no tenían nada que perder con el socialismo,* del mismo modo en que otrora los liberadores convencían de lo mismo a los señores feudales.

Es evidente que esto no se hace desde los folletos y proclamas que se difunden en el seno del «pueblo»; con ese destinatario se agita un único punto: ¡Abajo el capitalismo!, pero aquello está expresado en obras densas y eruditas escritas por las mismas manos, que el pueblo no lee.

[...] Pero si la jauría de lobos no pierde nada, ¿qué es lo que ganan los carneros? [...] Si los socialistas mismos aseguran que los patrones actuales no perderán nada en general, ¿qué es lo que esto podrá aportarle a los obreros, a su exigencia de supresión del hambre y la esclavitud, es decir de la explotación, en una palabra, de las ganancias de los capitalistas y otros parásitos?

Va de suyo que esto no aportará nada, puesto que el progreso de la explotación y su supresión son dos cuestiones totalmente disímiles.

El socialista no lo ignora, pero ¿es ése su negocio? ¿En qué sentido podría preocuparlo?

Kautsky, por ejemplo, a quien se dirigen casi todos los socialistas del mundo entero como a uno de los pilares vivos del socialismo, para preguntarle, esperar explicaciones y recibir sus enseñanzas,

incluso aquella que ilustra a los congéneres más jóvenes acerca de cómo es necesario componer hábilmente, para los obreros, proclamas sobre temas como: «¡Abajo el capitalismo!», Kautsky, pues, en su libro sobre la *revolución social* declara con total tranquilidad que al día siguiente de la revolución, el salario de los obreros será sin duda más elevado que en la actualidad. y que los gastos sociales aumentarán también sensiblemente (se trata, para hablar en términos más simples, de la paga de todos los parásitos, que serán, para entonces, todos funcionarios sociales, y ya no propietarios como al día de hoy) [...].

Si bien no todos los socialistas lo reconocen tan simple y abiertamente, algunos entre ellos, en todo caso, no se han asombrado por las declaraciones de su propio apóstol. Todos explican que la lucha del obrero por elevar su salario y sus condiciones de vida no consigue nada, y que la raíz del mal se encuentra en la propiedad privada de los medios de producción, aunque también saben que la transferencia de la propiedad de privada a social no cambiará en absoluto las condiciones de vida de los explotadores y sus explotados.

Alcanza para advertirlo mirar un poco alrededor: ¿son solamente las empresas privadas las que esquilman al obrero? ¿Qué pasa en las públicas? ¿En las de ferrocarriles del Estado o en las minas nacionalizadas? Y allí no hay patrones privados. ¿Qué pasaría si todos los patrones se camuflaran de la misma manera en fábricas y propiedades raíces, bajo la forma de funcionarios de Estado? ¿Habríamos llegado con ello a la república socialista, social, volcada al bienestar general? El socialista sonríe con desprecio: hay que aprender a distinguir la propiedad pública de la social; al día de hoy, dice, hay funcionarios zaristas en las fábricas [nacionalizadas] en tanto que en la república socialista serán empleados sociales; ahora el patrón es la autocracia; más tarde será la sociedad, la república.

En todo caso, podemos observar desde ya en las empresas públicas del Estado que la ausencia de propiedad privada de los medios de producción no resuelve en absoluto la cuestión de la explotación del hombre por el hombre, incluso aunque se denomine a ese Estado de hecho, en un contexto diferente, como una «producción socializada».

[...] Es necesario antes que nada conquistar el poder político, obtener todas las libertades posibles (y sobreentendida entre ellas la de morirse de hambre), *conquistar la democracia*, instaurar la república, más tarde desarrollarlas hasta el fin [...] sostienen los socialdemócratas y los socialistas-revolucionarios [...] para que el capitalismo pueda desplegar todas sus contradicciones, explican los primeros, en tanto que los segundos prefieren dejar ese asunto en la sombra...

Eso significa, afirmamos nosotros, que la libertad total de concurrencia de todos los capitales y de todos los conocimientos, de todos los medios de explotación, ha conducido a los capitalistas actuales a no poder ya prescindir de los intelectuales, a la necesidad para ellos de apelar a las masas de esos explotadores suplementarios y llevarlos al proscenio con el fin de retenerlos a sus flancos.

[...] *El Estado democrático significa que el científico toma el lugar de la policía, o más bien que se pone en el mismo rango que la policía.* Por eso se multiplican los responsables sociales; los diputados, los políticos, los agrónomos, los estadísticos, los corresponsales de periódicos, los abogados, etcétera.

He aquí porqué la intelectualidad democrática aguarda con impaciencia, más que los mismos burgueses, el progreso ulterior de la sociedad burguesa, en general, y las democratizaciones sobrevenidas con él. He aquí porqué esta intelectualidad democrática explica a las masas que se insurgen que su emancipación no se alcanzará a través de la lucha económica, del ataque a la bolsa de sus amos, sino exclusivamente a través de la lucha política, es decir, de la lucha para instaurar un régimen tal que esa bolsa pueda acrecentarse de un modo mejor en primer lugar, y sobre todo pueda entreabrirse para la cofradía sapiente. He aquí porqué la intelectualidad considera a la democratización de la sociedad, es decir su propia penetración en todos los poros del Estado burgués, como la garantía suficiente de que la socialización constituirá por sí la entrada en un verdadero paraíso y no una nueva prisión, mucho más hermética que la anterior. Y bien, ¡sí! La transmisión de todos los medios de producción a las manos de la intelectualidad

que ya tiene el gobierno social, constituirá para ella un verdadero paraíso. La socialización de los medios de producción en una democracia no puede prometer a los trabajadores manuales más que el reforzamiento de la organización de poder que los domina, la reafirmación del Estado, en suma.

La sociedad capitalista contemporánea daña los intereses de la intelectualidad, ya sea parte integrante o no del sistema y encima la humilla poniéndola bajo la dependencia de los capitalistas. Resintiéndose ante tal humillación, el intelectual se resiste y se dirige a los esclavos del trabajo manual, siempre prestos a la rebelión, esforzándose en predicarles la revolución [...] cuando el progreso burgués se estanca. Sin embargo, como no sufre por las mismas causas, ni de la misma manera que el obrero, no le propone sino planes de lucha que le permitan eliminar cuanto antes las causas de su propio mal, sin aportar al «camarada» obrero nada en absoluto, salvo la promesa genérica de un futuro mejor. Las exigencias que han movido a los obreros son inevitablemente postergadas por el intelectual; para más tarde, dejadas de lado, para «el futuro».

¿Cómo gente que vive en la sociedad actual como lobos y corderos podrán luchar juntos por un porvenir mejor, por un porvenir para toda la sociedad? En tanto que unos viven a expensas de los otros. Solo quien quiere enmascarar el antagonismo existente en esta alianza que anuncia tantos problemas, se atreve a hablar del porvenir radiante de la humanidad; quiere enmascarar este antagonismo porque con ello se aprovecha para tratar sus pequeños negocios.

Toda la sumisión de los esclavos se explica por las riquezas que se les quita a cada momento, cada día, en cada pago. El socialista les enseña a dar la espalda a lo que pasa cada día, como si se tratara de cosas insignificantes, para poder fijar mejor la mirada en lo futuro, en las tareas de «la humanidad». Si el proletariado combate por las premisas de la humanidad «futura» no lo hace de hecho sino para la satisfacción de necesidades bien actuales de la intelectualidad. Si el proletariado se priva de «cosas insignificantes» del presente, en nombre de eso futuro, provee por ese mismo hecho de ventajas al universo de las «manos blancas». Este último se be-

neficia de cosas «insignificantes», de esas necesidades actualmente insatisfechas de la masa obrera, de allí no retira sino una parte suplementaria de riqueza.

El intelectual gana así a dos puntas. La conquista de «grados» le provee, desde ya, de una parte importante del ingreso nacional. El abandono de la lucha por el pan en nombre de esos «grados» por parte de la masa obrera, aumenta directamente y conserva toda esta ganancia nacional.

El mejor azote que somete el esclavo al señor es el hambre del desempleado; pero el cuello blanco enseña que en el estado actual de la economía de la humanidad, ese látigo no es obra de los amos, sino que es natural, inevitable, que no se lo puede suprimir, que pretenderlo sería insensato, incluso criminal, puesto que, si no sobreviniera en el momento histórico oportuno, toda la obra futura de la emancipación podría peligrar... según la doctrina socialista no se podrá cocer un pan igual para todos más que en un régimen futuro y de ninguna manera de inmediato, como se lo desearía. La sociedad actual no puede proveer todavía el horno para ese fin. El trabajo no sería tan productivo en la sociedad actual, según lo que declaran los socialistas. La «sociedad» está todavía demasiado dividida por la competencia a que se libran los poseedores entre sí. No se está en condiciones de nutrir a todo el mundo. No se trata de que no quiera hacerlo –por no sufrir ella misma de hambre– y que se aproveche de esa hambre extendida entre los productores, para desarrollarse y enriquecerse sin pausa; no, se trata de *que «ella» no puede*. ¡Eso es lo que dice «el enemigo», el «destructor» del régimen actual! ¡Un enemigo bien acomodaticio, por cierto! Para afirmar esto ante todos los que están en la indigencia en medio de innumerables riquezas, y no revelar de inmediato su naturaleza rapaz de explotador, se hace necesario elaborar concienzudamente el ideal socialista, esa piel de cordero que esconde al lobo...

La preparación del paraíso socialista o los sindicatos legales

De acuerdo con la enseñanza socialista, la sociedad actual de pillaje no establece únicamente la esclavitud de los obreros sino que prefigura igualmente la libertad de estos últimos, prepara el futuro paraíso socialista: la explotación capitalista porta en su seno la igualdad socialista, la opresión capitalista nos conduce a la libertad socialista. Por eso no nos debemos asombrar de encontrar simultáneamente entre los socialistas dos concepciones diametralmente opuestas sobre los sindicatos obreros legales. Cuando se trata de la opresión actual de los obreros, la infelicidad y los sufrimientos se transforman al mismo tiempo en bienestar y alegría, lo negro en blanco, la mentira en verdad. Semejante contabilidad doble es la continuación inevitable de sus enseñanzas.

Cuando los socialistas son llevados a discutir con los defensores de un gobierno también reaccionario, por ejemplo, con el gobierno zarista, recuerdan y demuestran con muchísmo celo que los sindicatos obreros representan por sí mismos en toda Europa la garantía del progreso burgués, la garantía de la tranquilidad, del poder y de la solidez del Estado burgués. Cuando hablan de esos mismos sindicatos delante de los obreros, les aseguran que las masas laboriosas construyen en ellos el fundamento del futuro régimen socialista. Advirtamos que esto debería significar en la lengua de los socialistas «abolir el yugo para los obreros», aunque en realidad solidifica el Estado burgués y no contribuye más que a reforzar ese mismo yugo.

Así los socialistas se convierten en verdaderos charlatanes, tanto cuando hablan con los gobiernos burgueses como cuando hablan con los obreros, y siempre con la misma amable sonrisa: demuestran a los gobernantes que los sindicatos refuerzan la dependencia de los obreros; a los obreros les aseguran que los sindicatos los llevarán a la independencia.

¿Pretenden los socialistas tomar a los obreros por imbéciles? En algún caso la burguesía, como en los países de Europa occidental, dejando propagar los sindicatos en la mayoría de las ramas de actividad, ha garantizado efectivamente la tranquilidad al mundo del pillaje. En lo que atañe al fundamento socialista, el negocio se

presenta cada vez peor. Cuanto más se elabora este fundamento por parte de los obreros, más los socialistas alaban sus méritos y más alto en el cielo se eleva el edificio socialista.

Examinemos más de cerca por qué todas las consideraciones sobre los fundamentos socialistas, planteadas por los sindicatos y otras organizaciones obreras legales no son más que mentiras.

Para emanciparse, para suprimir la clase de los capitalistas, los socialistas dicen que los obreros deben hacerse cargo de toda la producción. Sin embargo, no pueden hacerlo todo de golpe, deben primero prepararse. En los sindicatos, los obreros –siempre de acuerdo con los socialistas– se familiarizan con todas las particularidades de su rama de producción y se convierten cada vez más capaces de hacerse cargo, con total independencia, haciendo superfluos a los empresarios privados.

Los socialdemócratas agregan también que los obreros deben aprender a dirigir el Estado, y que en sus asociaciones políticas, en el momento de las campañas electorales, en todas sus bancadas parlamentarias, en todas las diversas responsabilidades elegibles, en los consejos municipales y en otras instituciones, los obreros se adueñarán progresivamente del poder de la burguesía, adquiriendo al mismo tiempo todos los conocimientos indispensables para ejercer la dirección estatal. Los socialistas declaran unánimemente, además, ser partidarios de crear todo tipo de sociedades culturales, de universidades populares, para que, pretendidamente, los obreros adquieran en la menor cantidad de tiempo los conocimientos que posee la burguesía cultivada. He aquí como, gracias a los socialistas, se edifica el fundamento de la sociedad socialista por venir. ¡Qué formidable actividad!

–Pásenla bien, diviértanse, mis pequeñuelos; no prohibimos a nadie de soñar. Así responden todos los gobiernos de la Europa occidental a estos planes socialistas de derribamiento del régimen burgués, y le acuerdan a los socialistas la más completa libertad de charlatanería.

Los obreros tienen que destruir su prisión secular, en tanto que los socialistas los adormecen aconsejándoles que eleven su nivel moral, que desarrollen su inteligencia y su corazón. Los obreros

tienen delante suyo el adueñarse de las riquezas del mundo entero, en tanto que los socialistas les aconsejan distraer una parte de su miserable salario servil ¡con el único fin de organizar el paraíso futuro en los sindicatos y otras asociaciones corporativas! Cuando se perjudica una parcela menor de sus riquezas, la burguesía los castiga enviándolos al presidio o a la horca, en tanto que los fariseos socialistas prometen eliminar todas las leyes feroces gracias a la facundia de sus periódicos, a sus discursos en encuentros callejeros, en los congresos y en las tribunas parlamentarias.

Jamás en lugar alguno, la gente se ha liberado en el terreno de sus enemigos, que es lo que los socialistas prescriben a los obreros. Basta comparar su obra con la de las revoluciones –cuando nuevas clases realmente se liberaron– y entonces podremos ver que la obra de los socialistas consiste en extinguir la revolución y que, de hecho, no la preparan, sino al contrario, frenan e impiden la revolución obrera.

[...] que los socialistas no se asombren cuando los obreros insurgentes les arranquen al fin las máscaras, y los declaren traidores y enemigos de la revolución obrera.

Todas las enseñanzas socialistas acerca del comunismo futuro y sobre la necesidad de prepararse para ese fin no tienen por objetivo principal sino el distraer a los obreros de la lucha directa e inmediata, y de llevarse al cielo sus esperanzas. Los socialdemócratas declaran, *in extremis*, que eso es verdad para los utopistas pero que en lo que concierne al socialismo científico –las enseñanzas de Marx y Engels– el asunto es totalmente diferente. El socialismo científico, precisamente, con sus hechos y cifras ha constituido una absurda fábula acerca del advenimiento del paraíso socialista. Según ellos, los grandes capitalistas, a través de la competencia, aplastan sin pausa a los pequeños capitalistas, y muy pronto, de ese modo, la clase entera de los capitalistas se reducirá a un insignificante puñado de multimillonarios y todo el resto de la sociedad burguesa se transformará en proletarios asalariados. Con el acompañamiento de tales canciones hipócritas nacen cada día millares de nuevos burgueses de manos blancas, que se instalan en

los barrios más distinguidos de las grandes ciudades y viven con mucho más lujo que los pequeños propietarios que «perecen» en la competencia con el gran capital. Los más fieles discípulos de Marx se ríen ahora de esta fábula de su maestro, se ríen para sus adentros, ciertamente, puesto que sería altamente inconveniente adoptar delante de todo el mundo una actitud tan irreverente ante un maestro infalible.

Es evidente que este hallazgo «científico» no tiene más objeto que contener los ímpetus de revuelta entre los obreros hasta que toda la burguesía se transforme en un «puñado ínfimo» de multimillonarios. Los socialdemócratas han repetido y continúan haciéndolo detrás de sus guías, sin hacerse el menor problema ante los obreros: «esperen a que los capitalistas hayan cavado sus propias tumbas», el «desarrollo del capitalismo por su propio movimiento prepara la emancipación del proletariado». Todo esto, sin duda, «independientemente de la voluntad de los hombres». Esto debería significar que entre los socialdemócratas, para reemplazar a los viejos, nacen nuevos dioses socialistas, «bienhechores», quienes por su poder celestial, reducen a los fuertes y elevan a los débiles.

La ciencia socialista, como toda ciencia social, aun cuando sea enemiga jurada del oscurantismo religioso, sabe operar con las masas obreras haciendo los mismos pases de prestidigitación que los brujos paganos o los sacerdotes cristianos. En cualesquiera de los partidos socialistas, en sus reuniones, en los congresos, durante los desfiles del Primero de Mayo, los obreros rezan, del mismo modo que en las iglesias, para la dicha futura que no se realizará sino en los más remotos descendientes. ¡El fruto no está todavía maduro! ¡Las fuerzas productivas no están todavía suficientemente desarrolladas! ¡La hora de la revolución socialista todavía no ha llegado! ¡Paciencia! Esto es lo que predican infatigablemente todos los curas socialistas. De ese modo, toda la indignación contra la esclavitud, toda la rebeldía contra el mundo de la violencia y la mentira no desencadenan entre los obreros socialistas acciones, ni luchas sino únicamente *fe* en un régimen futuro de justicia.

Es necesario difundir la nueva religión socialista para salvar al mundo. De todos modos, si la propagación de ésta salva al mundo, la explotación no cesará por ello. Al contrario, el viejo mundo del pillaje se hará sin cesar más fuerte, rejuvenecerá y adquirirá una gran longevidad.

Porque el crecimiento de la fe socialista, o como dicen los socialistas, de la conciencia socialista, no aumenta para nada la capacidad de revuelta de los obreros, ni sus aspiraciones a derrocar la esclavitud secular. Muy por el contrario, significa únicamente un mayor amor hacia el régimen *existente*. No puede ser de otro modo. ¿En qué consiste pues la fe socialista? El régimen burgués actual prepara un orden futuro de igualdad y justicia totales. ¿Cómo no valorar entonces, cómo no amar este régimen de pillaje, cómo no participar con todas las fuerzas en su desarrollo y progreso para que se transforme cuanto antes, como está pronosticado, en el paraíso socialista? De ese modo exactamente actúan por todas partes los socialistas y los obreros que tienen la fe socialista. Más que la propia burguesía, adoran la grandeza de la «patria» burguesa. Son los mejores combatientes a favor del progreso burgués. Ésta es la razón por la cual el socialismo se extiende tan libremente por todo el mundo, la razón por la que resulta imprescindible a la prosperidad burguesa, de un modo similar a como lo fue el cristianismo en tiempos pretéritos.

Este papel de religión científica está desempeñado de la mejor manera en beneficio de la burguesía, gracias a la enseñanza de Marx y Engels, por *el socialismo científico*, el mismo que había dado por tierra tan victoriosamente con los primeros socialistas utópicos que según ellos querían llevar a los obreros a librar batalla prematuramente contra la burguesía y que había iluminado con una luz refulgente –al parecer– la marcha victoriosa del proletariado hacia su emancipación.

Los escritores reaccionarios a menudo le critican a los marxistas de predicar a los obreros la lucha contra la burguesía, la guerra civil generalizada. A esto, los marxistas responden que estos escritores no han comprendido a Marx. Su enseñanza preconiza la lucha de clases únicamente contra un puñado de plutócratas, pero está

nutrida de una profunda ternura hacia la sociedad burguesa y su progreso. No hay nada de anarquista ni de insurreccional en esto, muy al contrario, lo que hay es de lo más idealista y religioso.

En este caso preciso, los marxistas dicen la verdad. En efecto, ¿qué es lo que enseña la filosofía de Marx, denominada *comprensión materialista de la historia* o incluso *materialismo histórico y dialéctico*? Enseña que en todos los tiempos, en todas las sociedades, todos sus gobiernos y leyes deben corresponder a las necesidades materiales de la gente, a sus necesidades económicas y a sus fuerzas productivas. ¿No significa eso que los propietarios de esclavos en la Antigüedad encadenaban a sus esclavos, que los señores feudales azotaban a sus siervos, que los capitalistas hambrean ahora a los obreros por la exclusiva razón de que así lo han exigido y lo exigen todavía «las necesidades de la humanidad», siempre de acuerdo con las «necesidades económicas de la sociedad»? ¿Qué más puede pedir la burguesía de los marxistas? ¿Acaso las doctrinas sacerdotales y de los estadistas han intentado demostrar otra cosa?

¡Este socialismo científico contemporáneo es un mecanismo increíblemente maligno! ¡Es tan fácil dejarse seducir por sus hermosas palabras! «La lucha de clases contra los explotadores» quiere decir si se reflexiona un poco: «¡Derroquemos de inmediato a los pillastres!»; «material», «económico» significan con toda seguridad que ésta es una causa exclusivamente obrera. ¿«Materialista» equivaldría a insurreccional entonces? ¿Contra todas las santidades de la religión? Uno se deja seducir por semejantes definiciones puesto que, confiadamente uno quiere aprender todo lo que da esta enseñanza. Uno hace toda la escuela socialista y no se da cuenta siquiera de que se ha transformado en un peón intelectual burgués. Uno vive en medio de la opresión de los obreros y ya no la siente más, se olvida que se ha nacido en una prisión, que se está condenado a un trabajo de esclavo para toda la vida. Uno comienza así a amar a la sociedad del pillaje. Se comienza a magnificar como su patria a la unión de todas las Rusias, opresores de todas las nacionalidades. Se desea un renacimiento burgués de esta patria y se pone uno a luchar por la felicidad de esta unión opresora.

Cuanto más se extiende la doctrina socialista por el mundo más se convierte, con el paso del tiempo, en una verdadera doctrina sacerdotal. Antes todavía había casos en que los socialistas, en particular los marxistas, se sentían ofendidos al ser comparados con propagandistas religiosos. Hoy en día los socialistas reconocen públicamente que han elaborado una nueva religión. De ahora en adelante tratarán de calumniador a quien considere a los sacerdotes como estafadores y a la religión como la más sólida cadena de la esclavitud. ¡Qué se creen! ¡Todas las religiones, a su debido tiempo, «han educado a la humanidad»!

Así que ya lo hemos visto, los eruditos socialdemócratas deliberadamente echan un velo sobre la opresión secular de las masas obreras. Consideran con tanta imprudencia como naturalidad la coexistencia de la sociedad civilizada y del Estado y denominan *colaboración* la servidumbre de la mayoría de la humanidad, exclusivamente transformada en bestias de carga por las minorías privilegiadas.

Por cierto que si esta «colaboración» ha sido siempre indispensable para el bien común, ahora lo es en grado superlativo y más lo será hasta que el paraíso socialista no se instaure. Esta enseñanza de los socialdemócratas acerca de la homogeneidad del cuerpo social reduce a una declaración hueca y vana toda su prédica declarada de «lucha de clase contra el régimen de explotación». En efecto, no pregonan a los obreros más que una «lucha de clases» que no constituye peligro alguno para el orden vigente de pillaje, y que puede ser admitida por toda sociedad burguesa inteligente.

Esta concepción de la colaboración económica de los trabajadores con sus explotadores restaura la intregridad de los preceptos morales de los amos, y hace pesar otra vez sobre los obreros todas las «obligaciones morales» elaboradas hace ya tiempo por los moralistas hipócritas al servicio de los amos; todas las mentiras de estos últimos son resucitadas así por los socialdemócratas, con el único fin sostenido de engañar a los explotados. Los obreros tienen que amar a la unión de ladrones que constituyen sus patrones, unión que se denomina en el mundo de la violencia y la mentira «patria», «país natal» o «nación». Deben defender esta unión

de ladrones contra sus «enemigos», y amarla más todavía que los mismos explotadores.

Los obreros deben ser los más sinceros y honestos nacionalistas, los más ardientes patriotas. Por medio de la lucha y la sangre, son obligados a liberar a sus enemigos, los «manos blancas», ofrecerles la más completa felicidad y la libertad política más amplia. Deben ser esclavos honestos, fieles, desinteresados y generosos ya no por miedo sino a conciencia. Deben incluso despertar entre sus amos la aspiración por la libertad y por «la verdadera vida de justicia», por «el radiante ideal de la razón, del amor, del bien, de lo bello».

¡Ay! La propaganda de los discursos socialistas no se ha perdido por completo. Durante estos últimos años, los obreros socialistas han sorprendido agradablemente a toda la intelectualidad saciada con su «ideal radiante». Cuando las «hermosas jornadas de octubre»[1] han llegado a declarar «camaradas» a todos los burgueses de «manos blancas» y han repetido tras los socialistas todas las mentiras de sus explotadores; patria, pueblo, nación, verdad, justicia [...].

Los obreros rusos han servido de carne de cañón en la lucha emprendida en beneficio de los octubristas y los kadetes[2]. Esta estafa no se difundió a través de los estafadores burgueses habituales, sino de los «verdaderos representantes del proletariado», de los «defensores» de la clase obrera.

[...] Hemos visto como la religión socialista, después de haber enmascarado la opresión secular de las masas obreras, declara que todo Estado civilizado es la realización de una colaboración para la satisfacción de necesidades económicas, para el desarrollo de las fuerzas productivas de la humanidad. Apoyándose sobre su «ciencia», los sacerdotes socialistas declaran que toda la historia es una prolongada preparación de la humanidad hacia una vida futura justa de hombres libres e iguales. El efecto de la predicción socialista es algo verdaderamente misterioso: los amos no han pensado en nada más que en explotar a sus esclavos, en aumentar

1. 1905 [nota de A. Skirda].
2. Grupos políticos nacidos en el curso de los acontecimientos de 1905, partidarios de una monarquía constitucional [nota de A. Skirda].

sus bienes personales, pero pese a todo, esta riqueza acumulada habría servido para educar a los hombres –a despecho de los prolongadísimos malos tratos– y a preparar su dicha futura!

Pero, ¿por qué esta sociedad de hombres libres no ha nacido todavía? La religión socialista responde simplemente que la humanidad no ha tenido todavía tiempo para prepararse, al no disponer de los medios materiales necesarios, y que el mismo pueblo no ha sido suficientemente educado para una vida comunista y fraternal. En consecuencia, es necesario prepararse por todos los medios, puesto que –aseguran los socialistas– en el momento de la emancipación de la clase obrera, la principal dificultad no va a estar en la apropiación de los bienes de la burguesía sino en el saber cómo hacerlos funcionar, para conseguir, con la ayuda de esos bienes, una vida mejor. Cuanto menos tengan los obreros una representación clara del régimen futuro, menos estarán preparados y por lo tanto no valdrá la pena provocar una revolución obrera, exclaman los socialistas superándose unos a otros. No vale la pena atacar a la burguesía; de todos modos eso no sería lo mejor, muy al contrario: una revolución fallida hará retroceder a los obreros, les quitará incluso lo que ya hubieran ganado, destruirá la larga preparación hacia el paraíso socialista.

Por estas palabras que valen oro, la burguesía se prepara a retribuir a los socialistas con mil gentilezas. Les otorga una total libertad de propaganda, les promete pequeños lugares, cálidos y confortables, e incluso sillones ministeriales. La burguesía comprende perfectamente que las baladronadas socialistas pueden serle tan útiles como la propagación de la fe cristiana, como la cárcel y las armas. «No se rebelen», exhortaban los sacerdotes, porque de lo contrario ¡van a perder la esperanza en el reino celestial! Los socialistas dicen lo mismo: «No se rebelen», porque si lo hacen, «¡van a destruir todo el fundamento socialista!».

Los socialistas tienen discursos hasta el agotamiento, entintan montañas de papel e invariablemente terminan sus proclamas, sus libros y discursos con una misma consigna: «El régimen socialista es impensable sin una digna preparación.¡No comiencen nada sin una buena preparación!».

Los socialistas no se fatigan en vano. Puesto que, durante todo el siglo anterior, al margen de la iglesia socialista y de las revoluciones socialistas burguesas, se fue configurando cada vez más nítidamente una vía de emancipación de los obreros, camino al derribamiento de la opresión secular.

Ninguno de los pensadores socialistas, aunque se los pueda contar a centenares, ha logrado prever o entrever esta vía. Las masas obreras la han ido trazando por sus propios medios: algo que ni los eruditos ni los socialistas pueden admitir sin rencor. Esta vía, es la de *la lucha económica de masas de los obreros, la huelga general económica.*

¡Cuántos sabios socialistas se han estrujado el cerebro, al parecer, para conocer cómo los obreros tenían que liberarse, organizarse en la nueva sociedad, para que nuevos explotadores no pudieran nacer!

[...] ¡Abandonen el mundo putrefacto del becerro de oro y funden en países lejanos, en islas desiertas, comunidades según los principios comunistas! Sin ninguna duda, esta empresa de los primeros socialistas terminó con el mismo éxito que aquella de los fanáticos religiosos y otros dementes que se retiraban al desierto para poder comunicarse mejor con Dios...

¡Construyan sus propios bancos, su propia bolsa de valores, después intercambien sus productos sin tener que pasar por la intermediación de mercaderes y capitalistas! Pero esta «idea brillante» también ha explotado como una pompa de jabón...

Pero no, de ninguna manera, exclamaron los políticos socialistas, no actúen de ese modo, comiencen por derribar los tronos y así el poder pasará a las manos del pueblo. Eso será la dictadura del proletariado, y será la dictadura la que organizará la sociedad futura. Se derribaron los tronos, se ha proclamado la república y el poder del pueblo se ha revelado no como dictadura del proletariado sino como dictadura de la burguesía...

Democraticen la máquina estatal, aconsejan los socialdemócratas, elijan diputados socialistas. Y bien: más de cien diputados socialistas se han elegido en Alemania y ellos han resultado tan charlatanes y tan inútiles como todos los otros «representantes del pueblo».

¡Hay que conquistar el sufragio universal! Pero a causa de la conquista de este sufragio, universal, directo, no existen más que gobernantes y comandantes que están bien encaramados sobre las espaldas de los trabajadores y cuyo número crece sin cesar...

¡Socialicemos al menos la tierra! proponen los socialistas populistas rusos, démosle al pueblo siquiera eso, dicen. Pero la única transferencia de la tierra al pueblo de la que se puede hablar es aquella por la que aumente el número de campesinos ricos (los socialistas-revolucionarios lo saben perfectamente bien por sí mismos). Campesinos con muchos medios que hacen sudar a los campesinos pobres del mismo modo que lo hacen los grandes terratenientes...

En una palabra, de todas las numerosas invenciones socialistas no han resultado sino absurdidades, o peor aún, un *aumento del número de explotadores*, y en todos los casos, el refuerzo de la opresión de los obreros.

A todas estas lucubraciones socialistas, los obreros responden con su reivindicación básica: *¡aumento de salarios, acortamiento de la jornada de trabajo!* «¡Cuánta sordidez, cuánta grosería!», repite el socialista comentando esas consignas. Sí, cuán sórdido es para su ardiente corazón de comunista! ¡Es igualmente grosero para su delicada alma de intelectual!

De todos modos, gracias a las obstinadas revueltas de los obreros, la burguesía se ha visto obligada a aumentar los salarios y a disminuir la cantidad de horas por jornada de trabajo, por lo menos para algunas capas de obreros. ¿Y qué ha pasado? Toda la «elevada» invención de los socialistas no ha aportado consigo sino la liberación de la burguesía y *un aumento del número de explotadores*, en tanto la «sórdida» conquista de los obreros ha aliviado el trabajo forzado de algunas capas de obreros, *sin haber por ello aumentado el número de explotadores.* Por primera vez en la historia, ha surgido una lucha llevada adelante por los explotados, a través de la cual *éstos se han servido de una vía emancipadora sin convertirse a la vez en nuevos explotadores*, como ha sido hasta ahora, como por ejemplo cuando la emancipación de los artesanos o los campesinos.

Los socialistas se esfuerzan en prevenir a los obreros contra toda emancipación demasiado prematura, que no esté suficientemente anclada y que podría dar nacimiento a nuevos explotadores. Que traten de imaginarse entonces, cuánto puede apresurarse la marcha de la lucha económica y cuán importante puede resultar para los obreros el aumento de salarios o la disminución de horas de la jornada de trabajo. Estas conquistas no podrán dejar de aliviar la opresión de todos los obreros, sin llegar a crear ni un solo puesto nuevo de explotación, ni ingresos parasitarios suplementarios. Muy por el contrario, se trata precisamente de un crecimiento *lento* de los salarios que se produce, hasta ahora, sin daño alguno para la burguesía, únicamente a favor de determinadas capas privilegiadas de trabajadores. En tanto que un aumento rápido e importante de salarios, como el que puede obtenerse a través de una huelga económica general de los obreros, mejorará la situación de todos los trabajadores.

Esta importante y rápida conquista de los trabajadores trae consigo una consecuencia que hace temblar a los socialistas: la expropiación de los explotadores. Cuando los obreros lleguen a organizar una huelga económica general, cuando hayan desechado las redes de captación democráticas y socialistas, sus reivindicaciones serán tan elevadas y tan insuperables que su satisfacción hará necesaria no sólo la expropiación de los grandes capitalistas, sino también una disminución de ingresos privilegiados. Allí se verá la diferencia entre las revoluciones obrera y política. Mientras que esta última no hace más que reemplazar a unos holgazanes por otros, la revolución obrera suprime, en su propio desarrollo, todos los aspectos de la holgazanería.

La revolución política suprime el poder de los monarcas para que aquél pase a manos de los ricos y de la sociedad burguesa en general. Bajan las rentas de los generales, los gendarmes y los curas, únicamente para aumentar la de los científicos de la represión social. Sin embargo, para los obreros, es bien evidente que resulta lo mismo llevar a cuestas a los parásitos de una u otra especie. Los intelectuales podrían, en última instancia, decidirse por su revolución «socialista», la que distribuiría los millones arrebatados a los

ricos, a todos los «manos blancas»; los obreros no tendrían nada para ganar en este caso, puesto que la suma de ganancias nacionales, el fondo consagrado al mantenimiento de los parásitos, para nada disminuiría.

La revolución obrera, es decir, la huelga económica general, que conquista un salario realmente elevado, disminuye en la misma medida el fondo destinado a mantener a los monarcas, los ricos, los parásitos «militares» y «civiles», los burócratas del Estado o privados, los capitalistas y la intelectualidad. Es sobre la base del salario miserable y servil de los trabajadores *manuales* que descansa la existencia de *todos* los explotadores. La elevación de este salario, es entonces la única vía, la única arma, que puede hacer desaparecer a los explotadores de todo tipo.

Los personajes eruditos –como, entre otros, los socialistas– no quieren oír hablar de la huelga económica general de los obreros, como si no pudieran captar lo que esto significa. De hecho, no hay en esto nada de sorprendente: no *quieren* comprender lo que la lucha económica general significa y por eso hacen como que les resulta «incomprensible». No la quieren porque ningún tipo de propietario quiere su propia expropiación. Los personajes eruditos, los socialistas y los pedagogos de todo pelaje gozan de ingresos privilegiados que serían ineluctablemente suprimidos en una revolución obrera.

Sólo las masas obreras pueden comprender la lucha económica general de los trabajadores manuales. Todas las capas de la clase obrera, incluso las menos evolucionadas, la comprenden. Incluso las masas analfabetas de los países más atrasados la comprenden por igual. Lo cual quiere decir que su comprensión no proviene de ningún libro [...]. Su discernimiento proviene de la sensación misma de opresión sufrida por las masas obreras, y por eso puede ser experimentado por igual en todos los países, en el mundo entero, tanto en Europa como en América, tanto en Francia como en Rusia.

Sin embargo, la lucha económica general y las revueltas económicas de los obreros no estallan a menudo. No es fácil para las masas romper las mallas de las redes socialistas y democráticas

que las envuelven, ni es fácil desprenderse de las consignas soporíferas que le entonan los intelectuales o incluso sus propios camaradas devotos a los intereses y a los objetivos de la intelectualidad. ¿Cómo provocar estas rebeliones si no hay organización dispuesta a sostenerlas y unificarlas, si no hay conspiración obrera, y lo que existe es una conspiración de intelectuales que quieren transformar cada rebelión obrera en una revolución política, para realizar alguno de los ideales de los intelectuales?

En estos últimos tiempos, las masas expresan su rebelión económica cada vez que creen que sus organizaciones y comités preparan la revolución obrera; así ha sido cuando la huelga minera en Ucrania en 1903, y en parte en Italia en 1904; o cuando se sublevan en momentos de indignación y desesperación extremos, como cuando la insurrección italiana de 1898, en Ginebra y en Barcelona en 1902, o incluso, como recientemente, en Belfast. Entonces, los obreros dan por tierra con todos los obstáculos legales de las leyes burguesas y de la ciencia socialista. Irresistiblemente cunde entonces el incendio de la insurrección obrera.

«¡Cuán inescrutable es la psicologia de masas!», declaran con profundidad los intelectuales hipócritas. Sin embargo, en esos momentos de rebelión, los obreros están lejos de expresar reivindicaciones ininteligibles. Se encuentran «como en su casa» puesto que son los ojos de su propia causa. El aumento de salarios, el alivio del régimen de trabajos forzados propio del trabajo manual, son asuntos de todos los explotados y sólo de ellos. Allí no existe ninguna mala jugada llevada adelante por una intriga de intelectuales a favor de un ideal mentiroso. Por el contrario, se trata de una insurrección contra todos los explotadores, contra el mundo de los «manos blancas». En tales momentos, de huelga económica general, se toma conciencia, *todos* los obreros toman conciencia, [...]. He aquí la razón por la cual se sublevan todos, por qué surge su lucha.

Cuando se trata de luchar para la propia causa, para la huelga económica general, los obreros insurgen sin educación previa, sin preparación especial, sin propaganda, sin congreso, sin votaciones.

Así pasó cuando la huelga de 1903 en Ucrania. Ningún partido político, ninguna organización revolucionaria la preparó. Muy por el contrario, nació contra la voluntad de todos los socialistas y revolucionarios rusos, quienes no habían inventado todavía su «huelga política», y rechazaban la idea de una huelga general. Del mismo modo nacen las huelgas económicas generales en otros países. Se desencadenan por fuera de los *sindicatos*.

Ninguna de las organizaciones revolucionarias existentes, ni siquiera las que cuentan con millones de adherentes, podrían preparar tal huelga, puesto que todas estas organizaciones son legalistas, es decir, existen en tanto ellas permanecen dentro de esa legalidad, en tanto rechacen la revolución obrera inmediata, la violación del «orden estatal» y de los «fundamentos socialistas». Al menor intento de escapar de esta legalidad, los sindicatos son disueltos por los gobiernos, sean del tipo que sean, hasta los más «democráticos». Así actúa el gobierno francés actual, que incluso tiene ministros socialistas en su seno. Un gobierno exclusivamente compuesto por socialistas tampoco actuaría de otro modo: obsérvese cómo en todos sus congresos nacionales e internacionales adoptan constantemente resoluciones afirmando que la huelga económica general es intolerable.

Es pues evidente que la huelga económica mundial, la supresión de la opresión obrera no se preparará jamás desde los sindicatos ni desde ninguna otra organización legal, obrera o socialista.

De ello se infiere que la libertad política, por más desarrollada que esté, no nos acerca un ápice a la revolución obrera. La huelga económica mundial, la expropiación de todos los apropiadores, no puede prepararse sino desde organizaciones obreras clandestinas, juramentadas por el secreto de cara a sus enemigos, no pueden hacerlo sino mediante la *conspiración obrera*.

Tal organización no puede nacer más que dándose por objetivo exclusivo la obtención de salarios más elevados por medio de huelgas generales de masas. Muy especialmente, no aspirará sino a ello para arrancarle a la burguesía la más grande tajada de sus riquezas; rechazará como falsedad manifiesta todos los emprendimientos socialistas de educación de masas para la vida futura. Tal organi-

zación de la conspiración obrera no necesitará, y lo declarará así, educar a las masas, ni moral ni intelectualmente, con el objetivo de derribar el orden que oprime a los obreros. Éticamente, ningún propagandista, ningún líder idealizado está en condiciones de experimentar la opresión que sufren los obreros más intensamente que ellos mismos y no puede, por la misma razón, experimentar la tenaz voluntad de luchar contra ella. Hasta ahora, el daño no ha nacido de que las masas no hayan podido elevarse a la altura de los agitadores, sino al contrario, que los agitadores no hayan podido comprender al obrero, a la condición obrera, que insurge de vez en cuando y, como consecuencia, constantemente la han estado traicionando.

No conviene a la organización de la conspiración obrera esperar a que se eleve el nivel intelectual de las masas. Tal organización sabe que bajo el régimen de explotación los obreros, por más que aspiren a adquirir conocimientos, no podrán disponer en los hechos más que de una cultura de esclavos, que no serán cultivados más que en la medida en que les resulte ventajoso a sus amos disponer de esclavos más capacitados, más inteligentes, más rentables. Mientras no rechacen los planes socialistas de educación obrera, su perfeccionamiento y capacitación dentro del régimen de opresión de la vida futura, los obreros no constituirán una fuerza suficiente y no estarán en condiciones de crear una organización conspirativa capaz de derribar al régimen de opresión.

«Esto es completamente insensato», gritan a coro todos los socialistas. Si los obreros se niegan desde ahora a estudiar y a prepararse para la sociedad futura, jamás van a alcanzar su emancipación. Incluso si obtienen mejores salarios, tan elevados como se quiera, y no aprenden a administrar por sí mismos la producción y toda la vida social, permanecerán eternamente en la esclavitud bajo la dependencia eterna de los gobernantes y de los amos actuales. Esto es tan verdad, aseguran los socialistas, como que dos y dos son cuatro.

Sobre esta cuestión en particular, deberían hacer el menor escándalo posible, puesto que con todo ese ruido no hacen más que poner a la luz su parasitismo de intelectuales y de privilegiados.

La intelectualidad y los socialistas consideran a sus conocimientos exactamente del mismo modo que un empresario considera su capital. «Vas a poseer riquezas», le dice el capitalista al obrero, «entonces, ¡trabaja, esfuérzate, ahorra!». «¿Quieres ser tan sabio como yo?», dicen exactamente el intelectual y el socialista al obrero, «entonces, ¡instrúyete, estudia!, consagra cada uno de tus minutos libres a estudiar […]». Así como el capitalista no puede admitir que se le quite su capital, el socialista considera que es imposible «expropiar» la inteligencia. ¿A qué se parecerá esta pretensión? se pregunta, ¿acaso van a cepillar el cerebro de los intelectuales?

Los socialistas y los intelectuales aseguran que los conocimientos que poseen no son […] más que una luz pura proveniente de los cielos y no que provienen de nuestra tierra pecadora en donde reina por todas partes el pillaje y la opresión. Por nada del mundo quisieran recordar que sus conocimientos han sido adquiridos gracias al dinero, gracias a los ingresos parasitarios que se encuentran en los bolsillos de sus familias burguesas; que han podido frecuentar diversos establecimientos educacionales porque otros, despojados de todo, les han provisto durante esa estadía de vituallas, vestimentas, alojamiento, esos otros que envían a sus propios hijos, desde la más tierna infancia, al presidio que soportan a su vez durante toda su vida. Los intelectuales y los socialistas no quieren, por nada del mundo, reconocer que sus conocimientos provenientes de una renta parasitaria, los proveen a su vez, de una renta parasitaria. ¡Cómo podría ser eso posible!, exclaman. Lo que un intelectual cobra es un salario que tiene el mismo carácter que el de un trabajador manual, con la única diferencia que el suyo es un trabajo de «mucho mérito». Es exactamente el mismo mecanismo mental por el cual un capitalista sostiene muy orondo haber ganado su capital gracias a su propio trabajo.

La ciencia socialista contiene tantas falsedades como la ciencia burguesa que afirma que la riqueza proviene del ahorro. La ciencia burguesa no ha podido contener las rebeliones obreras, la ciencia socialista no las impedirá tampoco. Del mismo modo que fue rechazada la moral de los amos, será rechazada la fábula socialista según la cual la intelectualidad habría obtenido sus conocimien-

tos como fruto de una labor intelectual «extraordinaria», gracias a sus «dotes excepcionales». Los obreros no tienen mucha dificultad para demostrar que todas las riquezas, así como todos los conocimientos, son obtenidos por los amos mediante el pillaje y por consecuencia, se trata solamente de tomar el dinero que se encuentra en los bolsillos de los amos, para que todos los hombres se conviertan así en tan dotados e inteligentes como la muy sabia intelectualidad.

Los obreros no van a dejar de desencadenar sus huelgas económicas. Atacarán no sólo a los capitalistas sino también a la intelectualidad. Aumentando sus salarios, respecto de las riquezas de los millonarios, los obreros impondrán la reducción de todas las rentas privilegiadas de los intelectuales para permitir la mejora de sus propios salarios. El salario de los obreros alcanzará entonces el nivel de los ingresos de los intelectuales. Los hijos de los trabajadores manuales tendrán así los mismos recursos para instruirse que los hijos de los «manos blancas». Para bien o para mal grado, se instaurarán centros de enseñanza para todos, y la escuela ya no va a educar a unos para la esclavitud y a otros para convertirlos en amos, como sucede actualmente. Todos se irán haciendo inteligentes, porque nadie va a estar obligado a ocupar el lugar del trabajador manual, verdadera prisión vitalicia, ya nadie será explotado.

Los socialistas tiene la costumbre de resolver muy fácilmente la cuestión de saber cómo los obreros, condenados a la incultura, poseerán un día toda la cultura y los conocimientos. Puesto que los obreros tienen compañeros tan inteligentes y fieles como los intelectuales, todo no puede sino ser de maravilla. Alcanzará con que los obreros fomenten únicamente una revolución contra los capitalistas y los gobernantes actuales, y entonces los camaradas sabios arreglarán todo para conseguir el mejor de los mundos. Que uno sea picapedrero y el otro catedrático, exactamente como antes, no importará un ápice. No habrá humillación, no habrá opresión, puesto que los camaradas sabios, en la medida de sus fuerzas y de lo posible, compartirán todo, fraternalmente, con los picapedreros.

Sin embargo, a lo largo del siglo que terminó, los obreros ya han promovido muchísimas veces la revolución a la que han convocado los socialistas: la lucha «contra los capitalistas y los gobiernos que los protegen». ¿Y que ha resultado de ello? ¿Cómo se ha expresado el amor fraterno de los «proletarios instruidos» respecto a los proletarios no instruidos? He aquí cómo: alcanzaba que el viejo gobierno le hiciera una concesión a la intelectualidad, bajo la presión de los obreros, para que una capa de esos sinceros camaradas de los obreros se separase, una capa ya preparada de intelectuales entre los más acomodados, para ocupar los puestos de gobierno y crear un poder mucho más fuerte, mucho más feroz que el de los antiguos tiranos. La represión más conocida de este tipo es la del famoso aplastamiento de la insurreción de los obreros de París, en junio de 1848.

Cada vez, después de tales acontecimientos, los socialistas se desesperan por enmascarar lo acontecido. No son intelectuales verdaderos, se trata de traidores, burgueses, dicen y señalan entonces a la capa de la intelectualidad que siempre está en rebeldía y que se da el nombre de socialista porque no ha tenido tiempo de alcanzar el poder (lo cual no impedirá mañana repetir la misma traición, cometer la misma trampa). He aquí la verdadera intelectualidad, se maravillan los socialistas; ¡trabajadora, socialista, proletaria!

Ya ha pasado más de una vez que la intelectualidad recién encaramada al poder, al que había accedido a través de una de sus capas, se ha revelado de inmediato como negreros rapaces, maquiavélicamente hábiles y feroces en sus represiones, permaneciendo, sin embargo, según las explicaciones socialistas como «intelectuales en general» que «no toman parte» del pillaje, presentándose como el mejor amigo de los trabajadores.

[…] Los utopistas pensaban que el régimen socialista se haría realidad de inmediato, aquí mismo; los socialistas saben que no se realizará tan pronto.

¡He aquí el *quid*! ¡Este régimen ideal no sólo no se realizará tan pronto sino que no se va a realizar jamás! Alcanza con reflexionar acerca del hecho de que los obreros deben adquirir, antes del advenimiento del régimen socialista, con su miserable ración,

todos los conocimientos indispensables para la administración de la producción y de la vida social en general. Es decir, todo el saber que se ha acumulado durante siglos y que se encuentra en las manos del mundo instruido, enseñado en todos los institutos, universidades y academias posibles e imaginables. Para adquirir una parte mínima de tales conocimientos, de una sola especialidad de la intelectualidad burguesa, ésta envía a sus hijos a estudiar durante toda su infancia y toda su juventud.

Los obreros deberían aprender, pues, todas las ciencias, por medio de esfuerzos sobrehumanos, durante los feriados, los tiempos libres, los anocheceres o la noche después de sus penosísimas jornadas de trabajo, con la ayuda de los sindicatos obreros tolerados por la burguesía.

Esperar que los obreros, condenados a la ignorancia por sus miserables condiciones laborales, y de vida, puedan convertirse en capaces de dirigir la producción y de organizar la vida social, significa garantizar a los explotadores una vida parasitaria, tranquila y sin sobresaltos para toda la eternidad.

Los socialistas se jactan de haber ubicado contrariamente a los sacerdotes, el reino celeste en la tierra. Se equivocan. El paraíso socialista, terrestre, está tan, pero tan alejado e inaccesible respecto de los hombres vivos, como todo paraíso póstumo.

La revolución obrera[1]

El golpe de Estado de Octubre [de 1917]

Durante todos los períodos de desarrollo del marxismo, la tesis que afirma que el primer paso hacia la emancipación de la clase obrera pasa por la conquista del poder, ha permanecido inquebrantable y sin cambios. La socialdemocracia ha banalizado un tanto esta tesis por su política, tomando prestado como medio para la conquista del poder estatal la lucha pacífica a través del parlamentarismo. En términos generales, cualquier bolchevique reconocerá verdaderamente sin dificultad que «la dominación del proletariado» no se obtiene por la lucha pacífica legal y que ésta tiene siempre por resultado la socialdemocracia pacífica y legalista que impulsa –actualmente y en todas partes– a todos los gobiernos a una guerra de pillaje, empujando a las masas obreras de diferentes países a matarse entre ellas. El bolchevismo ha restaurado la «pureza» original de la fórmula de la conquista del poder señalada por Marx, y eso no solamente en su propaganda, sino también en los hechos.

El poder no puede conquistarse por la vía pacífica sino por la violencia, en medio de la insurrección generalizada del pueblo. Eso es lo que ha demostrado el bolchevismo ante todo el mundo socialista: lo ha demostrado, nadie lo podrá negar, prístina y certeramente.

Sin embargo, la afirmación de los bolcheviques que tiende a presentar su toma del poder como la dictadura, la dominación de la clase obrera, no es sino una de las numerosas fábulas que el socialismo ha inventado a lo largo de su historia.

Aun cuando los bolcheviques hayan renegado del espíritu conciliatorio de la socialdemocracia, la dominación de la clase obrera se ha logrado entre ellos tan presta y simplemente como la dominación parlamentaria de Scheidemann[2]. Unos y otros han

1. Escrito en junio-julio de 1918.
2. Primer jefe de gobierno de la República de Weimar (Alemania, 1919) [nota del trad.].

prometido a la clase obrera su dominación dejando, sin embargo, intactas todas las condiciones de servidumbre y haciéndola coexistir con la burguesía que sigue poseyendo, como siempre, todas las riquezas.

En vísperas del año 1903 el bochevismo, que era por entonces tan conciliador como el resto de la cofradía socialista y democrática, aseguraba que el derrocamiento de la autocracia haría a la clase obrera dueña del país. En 1917, apenas unos días después del golpe de Estado de Octubre, desde el momento en que los bolcheviques ocuparon en los soviets los lugares dejados vacíos por mencheviques y socialistas revolucionarios –Lenin quedándose en el lugar de Kerensky y Chliapnikov en el de Gvozdiev– se estimó que la clase obrera, por este solo hecho, se hacía dueña de todas las riquezas del Estado ruso. «*La tierra, los ferrocarriles, las usinas, todo eso, obreros, es desde ahora vuestro*», decía una de las primeras proclamas del Soviet de Comisarios del Pueblo. El marxismo, pretendidamente depurado del oportunismo propio de la socialdemocracia, revela nada menos que su propensión, característica de todos los charlatanes socialistas, a nutrir a los obreros con fábulas y no con pan. El marxismo revolucionario, comunista, sacudiéndose el polvo acumulado durante largas décadas, defiende siempre la misma utopía democrática: el poder absoluto del pueblo, aunque éste esté arrojado a la peor de las servidumbres, la ignorancia o la esclavitud económica.

Habiendo obtenido su dictadura y habiéndose decidido llevar a cabo un régimen socialista, el marxismo bolchevique no se ha desembarazado de la vieja costumbre marxista de ahogar la «economía» obrera con la política, de distraer a los obreros de la lucha económica, y de subordinar los problemas económicos a las cuestiones políticas. Muy por el contrario, habiendo coronado su «obra maestra», los bolcheviques no han dejado de extraviar a las masas obreras, prodigando cumplimientos sin freno al «gobierno obrero y campesino».

¿Será sencillamente porque los bolcheviques se han hecho con el poder que la Rusia burguesa tendrá que desaparecer inmediatamente y que nacerá la Rusia socialista, la «patria socialista» rusa, y

eso a despecho de que hasta el presente la «dictadura proletaria», no haya advenido y tampoco piense –aparentemente– socializar fábricas y usinas?

Los capitalistas han perdido sus fábricas, aunque no todas les hayan sido incautadas. No poseen más sus capitales, aunque viven prácticamente con el mismo nivel material que antes. Desde Octubre, iba a ser el obrero el dueño de todas las riquezas, aun cuando el salario, con el alza constante del costo de la vida, se va convirtiendo en un salario de hambre; e incluso iba a ser «dueño de las fábricas», que ante la menor huelga de transportes se encuentra condenado al horror de un paro como no se ha conocido jamás en Rusia.

¡Sí, la dictadura bolchevique es verdaderamente milagrosa! Le da el poder al obrero, le otorga la emancipación y el poder, conservando la sociedad burguesa todas sus riquezas.

Sin embargo, la ciencia comunista-marxista sostiene que la historia no conoce otra forma de emancipación; hasta el presente todas las clases se han liberado mediante la conquista del poder estatal. Así habría obtenido su hegemonía la burguesía en la época de la Revolución Francesa.

Los eruditos comunistas han descuidado un pequeño detalle: todas las clases que se han liberado en la historia eran clases poseedoras, en tanto que la revolución obrera debía garantizar la hegemonía de una clase no-poseedora. La burguesía se ha hecho con el poder del Estado después de haber acumulado a lo largo de siglos, riquezas cuya magnitud no tenía nada que envidiarle a la de su opresor, la nobleza; y únicamente por ese motivo la conquista directa del poder se le patentizó como la institución efectiva de su dominación, como el modo de afirmación de su imperio.

La clase obrera no puede seguir el mismo camino que ha liberado a la burguesía. Para ella, la acumulación de riquezas es impensable; en este plano, la clase obrera no puede de ningún modo sobrepasar la fuerza de la burguesía. La clase obrera no puede convertirse en propietaria de riquezas antes de llevar a cabo la revolución. Ése es el motivo por el cual la conquista del poder del Estado, llevada adelante por no importa qué partido, tan revolucionario o archi-

comunista éste sea, no puede dar por sí misma nada en absoluto a los obreros más allá de un poder ficticio, una dominación ilusoria que la dictadura bolchevique ha simbolizado permanentemente hasta este momento.

Los bolcheviques no avanzan en la resolución de este problema fundamental, y las masas obreras, que han comenzado hace tiempo a perder sus ilusiones respecto a este tema, reconocen últimamente que la dictadura bolchevique es totalmente inútil para ellas, alejándose, como hicieron antes con los mencheviques y los socialistas-revolucionarios.

Se va develando que éste no es el poder de la clase obrera, que no defiende más que los intereses de la «democracia», es decir, de las capas bajas de la sociedad burguesa, de la pequeñoburguesía citadina y rural, de la intelectualidad calificada como «popular»; así como de desclasados de los ámbitos burgueses y obreros convocados por la república soviética para dirigir el Estado, la producción y toda la vida del país. Se revela así que la dictadura bolchevique no ha sido sino un medio revolucionario extremo, indispensable para aplastar la contrarrevolución y para instaurar las conquistas democráticas.

Se verá también que los bolcheviques han suscitado la insurrección de Octubre para salvar de la ruina completa al Estado burgués en disolución, mediante la creación de una «patria obrera y campesina», para salvaguardar de la devastación no ya los señoríos, sino las ciudades y regiones amenazadas tanto por masas hambrientas de la ciudad y el campo, como por millones de soldados que huían abandonando el frente.

Lo que queda de la revolución bolchevique no difiere, o difiere muy poco, de los modestos planes elaborados por los mismos bolcheviques dos o tres meses antes del golpe de Estado de Octubre. En su folleto *Las lecciones de la revolución* Lenin declara muchas veces que la tarea de los bolcheviques consiste en llevar a cabo lo que quieren pero no saben llevar a término los ministros socialistas-revolucionarios; salvar a Rusia del desastre, y que sólo puede provenir de calumniadores burgueses atribuir a los bolcheviques la aspiración de instaurar en Rusia una dictadura socialista y obrera.

En dos folletos, escritos más tarde, *¿Conservarán el poder los bolcheviques?* y *La catástrofe que amenaza*, Lenin explica que la tarea de la dictadura bolchevique y del control obrero va a ser la de reemplazar los viejos mecanismos burocráticos por un nuevo aparato popular de Estado; preconiza así fantásticos modos de realización, como por ejemplo ¡obligar a la burguesía a someterse y a servir al nuevo Estado popular sin por ello incautarles la riqueza!

La dictadura bolchevique ha sido concebida como una dictadura democrática que no debía, bajo ningún concepto, dañar los fundamentos de la sociedad burguesa. Después de Octubre, muchas empresas fueron nacionalizadas por un decreto cuya ejecución, se sabe, no está garantizada. Muchísimos banqueros fueron privados de sus riquezas pero, en general, las riquezas de Rusia han quedado en manos de la burguesía y son el fundamento de su fuerza y de su dominación.

Resguardados detrás de las posiciones adquiridas, los comunistas, recién llegados, van a desempeñar el papel de los demócratas franceses en el tiempo de la Gran Revolución, el papel de los célebres jacobinos cuya actividad tanto ha seducido a los dirigentes bolcheviques, al punto que no se niegan en absoluto a copiarlos, tanto en el plano personal como institucional.

Los jacobinos franceses habían instaurado una «dictadura de los pobres», tan ilusoria como la de los bolcheviques rusos. Para asegurar al pueblo el aplastamiento de los «aristócratas» y otros «contrarrevolucionarios», de mostrar que la capital y el Estado estaban efectivamente en manos de los pobres, los jacobinos habían puesto a los ricos y a los aristócratas bajo la supervisión de las masas, y ellos mismos habían organizado sangrientas represiones contra los enemigos del pueblo.

Los «tribunales revolucionarios» de los «plebeyos» parisinos condenaban a muerte diariamente a decenas y decenas de «enemigos del pueblo» y desviaban la atención de los pobres con el espectáculo de cabezas rodando, en tanto éstos estaban cada vez más hambreados y servilizados; del mismo modo en la Rusia actual, se confunde a las masas obreras con arrestos de burgueses, de saboteadores, con la confiscación de palacios, con el estran-

gulamiento de la prensa burguesa y con espectáculos terroristas semejantes a aquellos de los jacobinos.

A despecho de los horrores del terror jacobino, la burguesía instruida comprendió rápidamente que era precisamente ese rigor extremo el que la había salvado, que había afirmado las conquistas de la burguesía revolucionaria, salvado la revolución burguesa y el Estado ante la presión de la Europa contrarrevolucionaria, y al mismo tiempo, inspirado una devoción a toda prueba por parte del pueblo a la «patria de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad».

Los bolcheviques se esforzarán en vano magnificando la «patria socialista» e inventando formas de gobierno lo más populares posibles; en tanto las riquezas permanezcan en manos de la burguesía, Rusia no dejará de ser un Estado burgués.

Todo lo que se ha obtenido hasta ahora no es sino un trabajo de jacobinos: el reforzamiento del Estado democrático, la tentativa de imponer a las masas la gran estafa según la cual Octubre habría puesto fin a la dominación de los explotadores y que todas las riquezas le pertenecen de ahora en adelante al pueblo trabajador, y de remate, han suscitado en la Rusia democrática el patriotismo de «plebeyos» franceses.

Eso es lo que soñaban los bolcheviques antes de Octubre, cuando estaban todavía lejos de la victoria y entonces declaraban que eran los únicos que podían provocar el entusiasmo necesario para defender la patria (Lenin, *La catástrofe inminente*[3]). No han dejado en ningún momento de pensar así ahora que están en el poder, aunque no hayan logrado salirse con la suya para encender el fuego patriótico en el seno del ejército «enfermo»; y lo están pensando todavía, proclamando una nueva «guerra patriótica».

---

3. Pese a la disparidad de títulos, suponemos que Majaiski aquí se refiere al mismo trabajo de Lenin señalado ut supra como *La catástrofe que amenaza*, que en los listados de las obras de Lenin suele ser traducido: *La catástrofe que amenaza y los medios para conjurarla* [nota del trad.].

La dominación de la clase obrera

El poder que cae en las manos de la burguesía no puede en modo alguno ser retomado y conservado por una clase no poseedora, como es el caso de la clase obrera. Una clase no poseedora y al mismo tiempo dirigente es un absurdo total. Es la utopía básica del marxismo, gracias a la cual la dictadura bolchevique puede, rápida y fácilmente, convertirse en una forma democrática de obtención y reforzamiento de la revolución burguesa, una suerte de copia rusa de la dictadura de los jacobinos.

Del poder que escapa a los capitalistas y a los grandes terratenientes no puede adueñarse sino las capas inferiores de la sociedad burguesa –la pequeñoburguesía y la intelectualidad, en la medida en que ellos tienen los conocimientos indispensables para la organización y para la gestión de toda la vida del país– adquiriendo así y garantizando sólidamente el derecho a ingresos como los de los amos, el derecho a recibir su parte de las riquezas robadas, su parte del ingreso nacional. Por lo demás, las capas inferiores de la burguesía, habiendo obtenido los capitalistas un régimen democrático, se vuelcan rápidamente a un acuerdo y a una unión con ellos. El poder retorna al conjunto de los poseedores, no puede ser separado por demasiado tiempo de la fuente de todo poder: la acumulación de riquezas.

¿No convendría llegar a la conclusión de que los obreros deberían abandonar toda idea de dominación? ¿En toda situación? No, rechazar la noción de dominar, significaría rechazar la revolución. La revolución victoriosa de la clase obrera no puede ser, en efecto, otra cosa que su dominación. Se trata simplemente de plantear la tesis siguiente: la clase obrera no puede copiar simplemente la revolución burguesa, como aconseja la ciencia socialdemócrata, por la sencilla razón de que una clase, condenada a la escasez y a salarios de hambre, no puede acumular riqueza de ninguna manera, y está incluso privada de toda posibilidad de hacerlo, a diferencia de la burguesía medieval que amasaba riquezas y conocimientos. Los obreros poseen su propia vía para emanciparse de la esclavitud. Para alcanzar su propia dominación, la clase obrera debe suprimir de una vez por todas la de la burguesía, privarla de un golpe de la

fuente de su poder, sus fábricas y usinas, de todos los bienes que ha acumulado, y llevar a los ricos al estrato de la gente obligada a trabajar para vivir.

He aquí porqué la expropiación de la burguesía es el primer paso inevitable de la revolución obrera. Por cierto, no es más que el primer paso en la vía de la emancipación de la clase obrera: la expropiación de la burguesía no nos llevará ni a la supresión completa de las clases ni a la igualdad total.

Después de la expropiación de la propiedad mayor y mediana, quedará todavía la pequeña propiedad, tanto en la ciudad como en el campo, cuya socialización necesitará más de un año. Nos quedará, aspecto todavía más importante, la situación de la intelectualidad. Pese a que las remuneraciones de los amos serán reducidas drásticamente en el momento de la expropiación de la burguesía, ella no será privada de la posibilidad de conservar para sí una retribución elevada de su trabajo.

La intelectualidad quedará, como era antes, en calidad de depositaria única de los conocimientos y la dirección del Estado y de la producción quedarán en sus manos. La clase obrera tendrá que llevar adelante una lucha tenaz contra ella, para aumentar la remuneración de su trabajo hasta el nivel del de los intelectuales.

La emancipación completa de los obreros se realizará cuando aparezca una nueva generación instruida de manera igual, acontecimiento inevitable a partir de la igualdad de remuneraciones del trabajo intelectual y manual, disponiendo todos de medios equivalentes para educar a sus hijos.

La dominación de los obreros no puede preceder a la expropiación de los ricos. No es sino en el momento de la expropiación de la burguesía que puede comenzar la hegemonía de la clase obrera. La revolución obrera obligará al poder del Estado a llevar adelante la expropiación de la grande y mediana burguesía, y a legitimar la conquista por parte de los obreros, de usinas, de fábricas y de todas las riquezas acumuladas.

La dictadura marxista

En la medida en que hubo lugar a una revolución burguesa «obrera y campesina» luego del golpe de Estado de Octubre, de una dictadura democrática, la vieja carreta bolchevique procura, penosamente, desembarazarse del marasmo democrático y emprender una nueva vía. Solo que cuanto más persiste en ella más cuesta arriba se le presenta. La introducción inmediata del socialismo está a la orden del día, proclamada a los cuatro vientos desde el momento de la disolución de la Asamblea Constituyente. La carreta socialdemócrata tiende a persistir en esta peligrosa vía; los pasajeros miran cada vez más con nostalgia el pantano que abandonan. Ni siquiera los conductores pueden evitar esa mirada. Los comunistas miran hacia atrás y gritan bien fuerte: ¡Basta de revueltas!, ¡Viva la patria!, ¡Trabajo reforzado de los obreros! [4], ¡Disciplina de hierro en las fábricas y talleres!

Los partidarios de la revolución burguesa, los mencheviques y los discípulos de la *Novaja Jizn'* [5] los acogen con una alegría maligna: «¡Acabáramos! ¡Ahora vienen al pie nuestro!», ¡ustedes que se querían rebelar contra la marcha objetiva de las cosas!, ¡contra «la enseñanza burguesa»! ¡Ustedes que querían la «realización inmediata»!, ¡lo único que han podido demostrar es la «imposibilidad» total de semejante objetivo, tan «insensato»!

Los miembros del pantano se refocilan al respecto vanamente. El rechazo de los bolcheviques a empujar más adelante las «experiencias socialistas» no hace sino comprobar perfectamente la imposibilidad para la socialdemocracia de derribar el régimen burgués y no la imposibilidad objetiva en general de suprimir el régimen de pillaje que sufre la clase obrera.

Los bolcheviques se han encargado de una tarea que sobrepasaba sus fuerzas y recursos. Se les ha metido en la cabeza derribar

---

4. ¿Reforzado o simplemente forzado? En 1918 Trotski defendía la práctica del trabajo forzado. No conocemos si tal defensa fue anterior o posterior a la escritura de este texto [nota del trad.].
5. Periódico [Vía Nueva] editado por Máximo Gorki en Petrogrado en 1917 y 1918 [nota de A. Skirda].

el régimen burgués fundándose en las enseñanzas socialdemócratas. Pero esas mismas enseñanzas han sido también reivindicadas por los mencheviques «conciliadores» en Rusia, por los socialdemócratas «imperialistas» en Alemania y Austria así como por los «social-patriotas» de todos los países. Esta enseñanza aparecía en el mundo entero como apagavelas de la revolución, como el adormecedor de las masas obreras, rodeándolas de sólidas mallas y extraviando su espíritu; en una palabra, esta enseñanza es el arma más peligrosa de que dispone la burguesía instruida para luchar contra la revolución obrera.

Cuando la socialdemocracia mundial ha llegado a dejar en disponibilidad a millones de obreros, movilizados en principio para la emancipación socialista, en manos de militares bandidos para que puedan masacrarse recíprocamente, algunos líderes del bolchevismo decidieron acusar a la socialdemocracia de «cadáver podrido». Sin embargo, la enseñanza de la socialdemocracia, su socialismo marxista, que había dado vida a ese «cadáver podrido», quedó para los líderes bolcheviques, sagrado y sin mácula, exactamente como antes. Pareció que la socialdemocracia no había hecho más que traicionar sus propias enseñanzas. Es cierto que los «traidores» se contaban por millones, y que los «discípulos fieles» en el momento de la revolución rusa, no eran sino unos pocos, con Lenin y Liebknecht a la cabeza. A pesar de todo, éstos exclamaron: «¡viva el socialismo marxista, viva el verdadero socialismo!»

Todo esto no es sino la historia corriente de los cismas del socialismo del siglo pasado. Las innovaciones emergen del pantano socialista no para encontrar una salida válida para todos sino con el único fin de llevar a cabo los viejos preceptos como, por ejemplo, una revolución jacobina. Es por ello que este pantano no se afirma más que apenas, fragmentada y transitoriamente, para volver en muy corto tiempo al estancamiento habitual.

Las ilusiones socialistas enturbian el espíritu de los obreros, y los desvían de una revolución obrera directa; no se debilitan por el contacto con innovaciones comunistas «revolucionarias» y no hacen así más que experimentar y fortalecerse sin cesar.

Se sabe que hace cerca de veinte años los bolcheviques constituían –en compañía de Pléjanov, Guesde, Vandervelde y otros «social-traidores» contemporáneos– un único movimiento socialdemócrata, solidario y unido. En esa época fue elaborada en Rusia la enseñanza marxista: la filosofía, la sociología, la economía política, en una palabra, todo el socialismo marxista que habiendo transformado a la socialdemocracia en un «cadáver podrido», debe sin embargo, reencarnado en el bolchevismo, provocar milagrosamente el derrocamiento de la burguesía y llevar a cabo la liberación total de la clase obrera. El marxismo ruso, elaborado sobre la base de los esfuerzos comunes de Pléjanov, Martov y Lenin, jamás llegó a visualizar un golpe de Estado socialista como objetivo principal. Muy por el contrario, consideraba imposible lograr en nuestros días el derrocamiento del régimen burgués y delegaba esas tareas por completo a las generaciones venideras.

El marxismo ruso, como el de Europa Occidental, no se ocupaba del derrocamiento del régimen burgués sino más bien de su desarrollo, de su democratización, de su perfeccionamiento. En la Rusia atrasada de entonces, el amor de los marxistas por el régimen burgués alcanzó límites extremos. A principios del s. XX, los bolcheviques y los mencheviques, antes de dividirse en corrientes rivales, habían asumido la decisión inquebrantable aprobada por los socialistas del mundo entero: la tarea suprema del socialismo en Rusia es la de completar, llevar a término, la revolución burguesa. Esto significaba que toda la tensión de la que eran capaces los obreros rusos, toda la sangre que habían vertido ante el Palacio de Invierno, en las calles moscovitas, toda la sangre de las víctimas de las expediciones punitivas de 1905 y 1906, tenían que tener como desenlace una Rusia burguesa, progresista, renovada.

La dictadura «obrera y campesina», proclamada todavía por Lenin en 1906, reflejaba la unión oportunista del marxismo con los socialistas-revolucionarios, y no violaba en modo alguno los preceptos relativos a la imposibilidad de la revolución socialista. Se alababa la dictadura obrera y campesina porque la dominación de la clase obrera sola se reconocía como imposible. Se elogiaba la dictadura de la democracia burguesa en el espíritu de los partidarios

actuales de la *Novaja Jizn'*, porque se consideraba totalmente inaceptable el derrocamiento del régimen burgués.

Bajo esta forma es que se ha perpetuado el marxismo, hasta prácticamente el mismísimo momento de la revolución de Octubre. Con su poderosa luz, iluminaba el camino tanto de los actores de la revolución burguesa de 1905-1906 como de los socialpatriotas de la revolución de febrero de 1917. Constituía para ellos un reservorio inextinguible de indicaciones valiosísimas. Habría sido ingenuo buscar allí indicaciones de algún tipo acerca del derrocamiento del régimen burgués, sobre la revolución obrera. No se habría encontrado más que la enumeración de todas las dificultades, de todos los peligros y aspectos prematuros de «experiencias socialistas». De allí proviene el supersticioso temor a todo golpe de Estado socialista, considerado como la mayor de las catástrofes; el miedo que experimentan, también visiblemente los Pléjanov, Potressov, Dan y hasta los mismos bolcheviques, asustados por Lenin cuando lanzó la consigna de la revolución inmediata.

A decir verdad, habría hecho falta un milagro para que la empresa de Lenin hubiese sido llevada a término por su partido, y no se convirtiera en la más grandiosa demagogia de la historia de las revoluciones. Habría hecho falta que se insurgiera contra el régimen burgués, cuando habían defendido y exaltado todo lo contrario. Habría hecho falta que los militantes bolcheviques, que habían asimilado el socialismo a través de las obras de Pléjanov, Kautsky, Bernstein –que exigían la educación democrática de las masas durante muchos años– crearan en el fuego de la revolución, una nueva doctrina que demostrara el carácter superfluo de tan larga preparación. Habría hecho falta que los esfuerzos, llevados adelante durante muchos años para utilizar la lucha de los obreros a favor de los enfoques políticos de la burguesía para impedir toda revolución obrera, se transformaran de repente en aspiración a desencadenar esta misma revolución.

La historia no conoce semejantes milagros. La traición de los bolcheviques, en este momento, a las consignas que habían proclamado durante la revolución de Octubre, no tiene nada de sorprendente y les resulta, en tanto que marxistas, totalmente naturales.

El «socialismo científico» que ha vencido y asimilado todas las otras escuelas socialistas, ha alcanzado una profunda decrepitud al no haber logrado, como resultado de todas esas batallas, más que el progreso y la democratización del régimen burgués. El bolchevismo ha decidido resucitar la «juventud comunista» del marxismo y no ha podido demostrar que, incluso bajo esa forma, el marxismo no estaba en condiciones de crear algo, lo que sea. Creerle a los bolcheviques, cuando pretendían derrocar verdaderamente por vía democrática y parlamentaria el sistema de pillaje defendido por sus hermanos ideológicos, los socialpatriotas de todos los países, no revelaría sino la mayor de las ingenuidades. Los bolcheviques suprimen ellos mismos grosera y cruelmente semejante creencia ingenua en su espíritu rebelde.

¿Cuáles son los enemigos del régimen burgués que, habiendo afirmado su poder autocrático, deciden por sí mismos postergar para más adelante el derrocamiento de la burguesía? Si han experimentado la «imposibilidad objetiva» de acabar con la burguesía, ¿cómo pueden entonces quedarse en el lugar que ocupan? ¿Les sería acaso indiferente ser la expresión de la voluntad de los obreros o los ejecutores de la voluntad de la sociedad burguesa que sigue en pie?

Explicar el comportamiento de los bolcheviques por la simple bajeza de los políticos sería demasiado superficial. Se trata, en realidad, de determinar su objetivo supremo, aquel ante el cual no abdican jamás, que no están dispuestos a traicionar bajo ninguna circunstancia, el que, para alcanzarlo luchan con la condición de vencer o morir; este objetivo supremo, incluso para los comunistas bolcheviques, no es sino la democratización del sistema existente, no su destrucción.

La causa de los marxistas bolcheviques es la misma que la de los «conciliadores oportunistas». La única diferencia consiste en que los últimos adoptan para la democratización del régimen burgués los caminos trillados de los Estados constitucionales de Europa Occidental en tanto que los primeros han decidido provocar la revolución, incluso contra el régimen republicano. Esta diferencia podía aparecer en Rusia, cuando esta potencia mundial se ha

desmoronado al punto que, en el curso de la guerra actual, ha revelado ser incapaz de defender hasta su misma existencia. La república, conquistada por los socialistas oportunistas, se ha revelado igualmente impotente para defenderse de los golpes de sus enemigos exteriores y de la contrarrevolución interior.

Una enorme tarea se les ha presentado entonces a los bolcheviques: reconstruir el Estado sobre principios totalmente nuevos y populares, que serían la fuente de fuerzas indispensables para la defensa de la democracia contra sus enemigos interiores y exteriores.

En la búsqueda del arma más poderosa para la salud de la revolución democrática, los socialdemócratas rusos tuvieron que hurgar en todo el arsenal marxista. Los bolcheviques encontraron finalmente esa arma en la concepción marxista de dictadura, proveniente de la revolución de 1848-1850.

El poder dictatorial bolchevique de estos últimos diez meses ha logrado demostrar, irrefutablemente, que la dictadura comunista regenerada, tanto como el socialismo que tiene un siglo de vida, no sabe ni desea suprimir al sistema capitalista. Habiendo proclamado solemnemente la realización inmediata del socialismo en una única sesión de la Asamblea Constituyente, y habiéndole arrancado al Káiser una tregua, la dictadura bolchevique, ante la tarea de «expropiar a la burguesía», se ha detenido brusca, instintivamente; luego ha vuelto sobre sus pasos ante una exigencia que contradecía lo más profundo de su esencia.

¿Qué es hoy la dictadura bolchevique que se mantiene pese a la bancarrota comunista? No es sino un medio democrático de salud de la sociedad burguesa contra la desaparición fatal que le esperaba bajo las ruinas del antiguo régimen; nada más que la regeneración de ese mismo Estado bajo formas nuevas y populares, que únicamente la revolución podía generar. Esta dictadura revela la irrupción revolucionaria en la vida del Estado ruso de las capas populares más bajas de la patria burguesa, pequeños propietarios rurales, intelectualidad popular y obreros de la ciudad.

Los inventores de la dictadura comunista la han presentado a los obreros como el primer paso irreversible hacia la emancipación de la clase obrera, hacia la supresión definitiva del sistema milenario

de exacción; este medio es el mismo que le sirvió a los demócratas burgueses de la Revolución Francesa, los jacobinos, para salvar y reforzar el régimen de explotación y pillaje.

El hecho de que sean socialistas los que utilizan este medio jacobino no impide que se recojan los mismos frutos burgueses, pues la primera tarea de todo socialista contemporáneo es la de impedir tanto la supresión inmediata de la burguesía como la misma revolución obrera.

Ya a comienzos del tercer mes de dictadura bolchevique, los representantes más lúcidos de la gran burguesía rusa (Riabuchinski en *La mañana rusa*), declararon que el bolchevismo era una enfermedad peligrosa pero que era conveniente soportarlo pacientemente pues era portador en sí mismo de una regeneración salvadora y de un rebrote de poder para «la patria querida». Estos mismos burgueses lúcidos prefieren a Lenin, que da rienda suelta a la plebe y no a Kerenski, que los defendía contra los «esclavos insurgentes». ¿Por qué? Porque Kerenski, con sus zigzagueos y su indecisión, debilitaba más todavía el poder ya vacilante, mientras que Lenin suprimió hasta la raíz todo poder endeble, comprometido e incapaz; abrió de inmediato cauce a un poder nuevo y más pujante, al que el obrero ruso le ha reconocido derechos autocráticos.

Los Riabuchinskis[6], que conocían y estimaban el marxismo, se han convencido muy rápidamente de que la «plebe» no iba a salirse de la senda de este enseñanza muy honorable, y han comprendido que tarde o temprano podrían hacerse del poderío soviético, aunque compartido con los nuevos amos provenientes de capas bajas, ahora liberadas, de la sociedad burguesa.

Los Riabuchinskis podían remarcar desde hace mucho tiempo fenómenos indiscutibles y muy gratificantes para ellos:

> 1. Bajo la dictadura bolchevique, el socialismo no cesa de ser el canto de sirenas que arrastra a las masas a la lucha por la regeneración de la patria burguesa.

---

6. Nos parece una alusión genérica a millonarios rusos de la época, volcados al progresismo rampante [nota del trad.].

> 2. La dictadura socialista no es más que un instrumento de agitación demagógica para llevar a cabo la dictadura democrática. Esto no es sino una engañosa apariencia propuesta por los comunistas durante un brevísimo momento para afirmar mejor la dictadura democrática, adornada y reafirmada por los sueños e ilusiones de los obreros.
> 3. La pujanza revolucionaria a la que aspiran las masas en sus insurrecciones obreras se consagra en la dictadura democrática así como en la nueva clase política del Estado.

Estas conclusiones provienen indiscutiblemente de toda la historia de la dictadura «obrera y campesina» bolchevique.

[...] Las masas obreras no tienen que preocuparse más: de acuerdo con las afirmaciones de los bolcheviques, todos sus deseos y reivindicaciones se realizarán sin tardanza por obra del Estado soviético, ejecutando sus voluntades.

En consecuencia, toda lucha de los obreros contra el Estado y sus leyes debe desaparecer de ahora en adelante, puesto que el Estado soviético es un Estado obrero. Una lucha que se lleve a cabo contra él sería una rebelión criminal contra la voluntad de la clase obrera. Semejante lucha no podría ser llevada adelante más que por granujas, por elementos socialmente nocivos y criminales del ambiente obrero.

Puesto que el control obrero concede, según los bolcheviques, un poder total a los obreros en sus fábricas, toda huelga pierde sentido y en consecuencia está prohibida. Toda lucha contra el salario de esclavo del trabajador manual está en general prohibida en todas partes.

La voluntad de los obreros, si se expresa por fuera o contra las instituciones soviéticas, es delictiva, pues desconoce la voluntad de toda la clase obrera, encarnada en el poder soviético. Si todos los obreros que perciben salarios de hambre consideran al poder soviético como poder de ahítos, serán considerados como elementos problemáticos, revoltosos. Así, por ejemplo, si los desempleados no quieren soportar más los tormentos del hambre ni esperar sin

murmurar la muerte por hambre, serán considerados elementos criminales; por ese motivo se les arrebata de antemano el derecho a una organización específica.

Frente a los ricos que continúan llevando como antes su vida de parásitos satisfechos, y frente a los desempleados condenados a los tormentos del hambre, el poder soviético afirma sus derechos supremos: aspira a asegurar la sumisión incondicional a las leyes existentes, a perseguir toda violación del «orden y de la seguridad públicas». Todas las desavenencias, rebeliones e insurrecciones han sido declaradas contrarrevolucionarias y se han convertido en objeto de una represión implacable por parte del ejército soviético.

Los derechos supremos del poder comunista soviético no se distinguirán en absoluto, muy pronto, de los derechos supremos de todo poder estatal en el régimen de explotación existente por doquier. La diferencia no atañe más que a la denominación: en los países «libres», el poder del Estado se denomina a sí mismo dominación de la «voluntad del pueblo», en tanto que en Rusia, el poder del Estado expresaría la «voluntad de los obreros». Mientras el régimen burgués no sea destruido, la «voluntad comunista de los obreros» suena tan hueca como la estafa de la «voluntad democrática del pueblo». Mientras los explotadores continúen existiendo, su voluntad, la de todos los poseedores de los bienes –y no la de los obreros– se encarnará, tarde o temprano, bajo la forma de un aparato de Estado bolchevique. Los comunistas comienzan ya este proceso, declarando abiertamente que una dictadura de hierro es necesaria, no para la «transformación ulterior del capitalismo» sino para disciplinar a los obreros, para completar su formación, comenzada pero inacabada por los capitalistas, verosímilmente a causa del carácter «prematuro» de la explosión de la revolución socialista.

Habiendo vencido a la contrarrevolución con la ayuda de los obreros, la dictadura bolchevique se vuelca ahora contra las mismas masas obreras.

Los derechos supremos, inherentes a todo poder estatal, deben poseer la fuerza absoluta de la ley que se apoya en la fuerza armada. La democracia que nace de la dictadura bolchevique no va

a la zaga de otros Estados. Totalmente igual a estos últimos, va a disponer no sólo de la libertad sino también de la vida de todos estos sujetos, y reprimirá tanto las revueltas aisladas como los levantamientos masivos.

El ejército «socialista» creado por los bolcheviques está obligado a defender el poder soviético, independientemente de todas las volteretas y virajes que quiera operar el «perspicaz» centro bolchevique. Que se interrumpa la expropiación a los ricos, tal como acaba de resolverse, o que un reacercamiento con la burguesía esté teniendo lugar, o que la dictadura bolchevique marche a la vanguardia hacia el socialismo o más bien retroceda camino del capitalismo, de todos modos considera que está en su derecho para imponer la movilización militar sobre la clase obrera.

La obligación de servidumbre que se le ha impuesto a la clase obrera en todos los Estados basados en el pillaje, la obligación de defender en caso de guerra a sus opresores junto con sus riquezas, no ha desaparecido en absoluto en la república soviética.

Se estima aquí la obligación de servidumbre necesaria para inculcar a los obreros la pretendida confianza especial que se les concede reconociéndoles –y sólo a ellos– el derecho y el honor de derramar su sangre a favor del Estado provisto de un nombre mentiroso y vacío: la «patria socialista». Como recompensa de tamaño «honor», los soldados socialistas deberán desplegar –eso es lo que esperan los bolcheviques– importantes esfuerzos y un fuego marcial contra los invasores de las tierras rusas, iguales al menos a aquellos de los ejércitos de la Convención, del Directorio, de Napoleón.

Las tropas «socialistas» están obligadas a defender el poder soviético en el frente interno, no sólo contra los guardias blancos contrarrevolucionarios, los partidarios de Kaledin, de Kornilov, de la Rada ucraniana, sino que desde los primeros días del golpe de Estado de Octubre, ellas están aprendiendo asimismo a defender «a sangre y fuego» la propiedad, fusilando en el sitio mismo del hecho a rateros y ladrones. Los grandes capitanes de guerra comunistas se dedican ahora a introducir la disciplina y el orden, reprimiendo ferozmente a los camaradas de ayer, a los anarquistas

y a los marineros, a los cuales no se les otorga el tiempo necesario para comprender que con «el nuevo curso», el Estado comunista no tiene necesidad en el seno del Ejército Rojo de elementos «fuera de control», críticos, y que hoy se fusila lo que ayer se promovía. Los «guerreros socialistas» después de haber pasado por semejante escuela, sometidos a las órdenes cambiantes de sus jefes, no rechazarán, según parece, instaurar «la disciplina revolucionaria del trabajo» en las fábricas, reprimir las rebeliones de los muertos de hambre y aplastar inmisericordemente las desavenencias suscitadas por los obreros y los desempleados.

En tanto que la masa obrera no se subleve otra vez por sus precisas exigencias de clase, y hasta que no ponga fin a todos los «nuevos cursos» y subterfugios de los dictadores bolcheviques, la burguesía democrática del Estado se desarrollará sin tropiezos resucitando rápidamente todos los instrumentos de opresión y de coacción contra los hambrientos, los explotados, los estafados.

Así, la dictadura marxista, después de haber destruido en Rusia todos los fundamentos del antiguo Estado impotente, ha creado un nuevo poder de Estado popular, mucho más firme.

Todas las experiencias revolucionarias de los marxistas rusos han demostrado que el «socialismo científico» inspirador de todo el movimiento socialista mundial, no sabe ni quiere derrocar el régimen burgués. Por lo demás, la profunda revolución social que se hizo inevitable en Rusia puede, como epílogo de la guerra mundial, igualmente implantarse en todos los demás países, y el socialismo marxista puede marcar un camino experimentado hacia la democracia burguesa, salvaguardar el sistema de explotación, y proveer un medio inestimable para prevenirse contra las revoluciones obreras.

La contrarrevolución intelectual, el control obrero y la expropiación de la burguesía

La conquista del aparato de Estado aparece como un momento realmente tan decisivo para la socialdemocracia, que considera que en el curso de una revolución obrera, este solo acto alcanza

para el derrocamiento del régimen burgués. A partir de que el golpe de Estado bolchevique es reconocido por los obreros y el poder soviético se instaura en todas partes se considera que Rusia y todas sus riquezas se convierten en propiedad de los obreros. Del hecho de que la Asamblea Constituyente, así como otras instancias e instituciones elegidas por el conjunto de la población, hayan sido disueltas y los capitalistas privados de sus derechos más elementales y de participación alguna en la actividad legislativa del Estado, concluyen los bolcheviques que la burguesía ha sido desarmada totalmente, privada de toda su fuerza y de toda posibilidad de expresar una oposición a la «dictadura de la clase obrera».

Sin embargo, al mismísimo día siguiente al golpe de Estado de Octubre la burguesía ha recordado de modo muy convincente que no se le había quitado más que una parte de su poder, que ningún golpe de Estado estaba en condiciones de quitarselo del todo, que ningún poder del Estado pretendidamente obrero, puede suprimirla mediante medidas políticas, que ninguna represión o terror la puede quebrar, privarla de sus medios y fuerzas para defenderse con éxito.

El golpe recibido por los bolcheviques desde los primeros días de su dictadura, fue totalmente inesperado. Más doloroso todavía por no haber sido asestado por los mismos capitalistas, sino por la clase de la sociedad burguesa que estaba hasta entonces más vinculada a todos los socialistas –incluidos los propios bolcheviques–, al campo de los «trabajadores», y a la que siempre habían defendido contra las acusaciones «calumniosas» y «mal intencionadas» de estar del lado de la burguesía. Fue la intelectualidad la que se interpuso para defender el régimen burgués, contra las amenazas de Lenin de derribarlo. Se manifiesta como un verdadero ejército de trabajadores «militantes» con la ayuda de sus «sindicatos», y emplea el «arma» de la lucha obrera: la huelga. Se expande por todas partes, con clamores y quejas, protestando contra la banda de bolcheviques que los oprimía y los aterrorizaba, a ellos, los «honestos trabajadores intelectuales».

La resistencia de la intelectualidad fue tan intensa que estuvo por provocar una escisión en el seno del partido bolchevique, casi hizo naufragar su dictadura; la intelectualidad bolchevique, herida

en su propio corazón, se negó a aplicar las medidas más severas contra la «masa trabajadora» de los empleados saboteadores a los que tenía en tan alta estima.

Los obreros, por el contrario, no se sorprendieron en absoluto por la huelga de los intelectuales, puesto que siempre han ubicado a la intelectualidad materialmente satisfecha en el mismo nivel que a la burguesía. Ven y sienten claramente que los ingresos privilegiados de los amos afectados por la intelectualidad provienen de la misma explotación del trabajo manual y que todos los ingresos de los privilegiados descansan sobre las raciones de hambre otorgadas a los obreros.

Los obreros saben que los ingresos privilegiados de los intelectuales constituyen una parte de la plusvalía extraída por el capitalista y consagrada a los gestores; directores, ingenieros, etcétera, del mismo modo que otra parte de su trabajo es confiscado por el Estado bajo la forma de impuesto para garantizar un buen nivel de vida a los empleados privilegiados. No hay nada de qué sorprenderse, de que toda esta confraternidad burguesa se haya rebelado junto con los capitalistas y los propietarios de inmuebles contra la revolución obrera, cuyo primer objetivo es el de suprimir los ingresos de los amos. En lo que concierne al sector «bajo» de la intelectualidad, sin privilegios, ha seguido a sus superiores por la fuerza de un orgullo estúpido y de prejuicios burgueses, así como un propietario harapiento sigue servilmente al ricachón.

El sabotaje de la intelectualidad ha tenido un efecto estupefaciente sobre la intelectualidad bolchevique. Los intelectuales bolcheviques, como los de todas las otras organizaciones socialistas, habían enseñado durante toda su vida que el socialismo era la emancipación de todo el «proletariado», no solamente de los obreros, sino también la de la intelectualidad. ¿De qué modo podía entonces llevarse a cabo el socialismo si hacía falta ir contra la voluntad unánime de la intelectualidad y declararle la guerra, como se la declaraba a los capitalistas y a los grandes propietarios terratenientes?

El golpe de Estado de Octubre, provocado por el llamado de los bolcheviques a la realización inmediata del socialismo, tuvo un

alcance jamás conocido por un levantamiento popular poderoso y se presentó así como un peligro mortal para la burguesía. Es cierto que el poder se volvió a encontrar en manos de marxistas, bien conocidos por su habilidad en lo que tiene que ver con frenar rebeliones obreras y hacerlas inofensivas en salvaguarda del régimen burgués.

Los marxistas bolcheviques aparecieron como completamente metamorfoseados. No pensaban más que en expandir el incendio de las insurrecciones, sin reparar en absoluto en las dificultades que iban a tener para extinguirlas inmediatamente después. Sus camaradas más próximos, los mencheviques, aseguraban incluso que los leninistas se habían convertido en verdaderos anarquistas.

En efecto, los líderes bolcheviques habían desempeñado tan bien sus papeles en los primeros actos, durante el período de «agitación», que habían provocado efectivamente un gran miedo entre los burgueses. A pesar de todo, uno se tentaba a preguntarse: ¿los dictadores, van a dejarse llevar por los elementos revolucionarios desencadenados y utilizar su poder para concretar una verdadera supresión del régimen burgués?

Si algunos bolcheviques se dejaron arrebatar sinceramente por el entusiasmo jamás visto de la masa obrera, y se alejaron a veces de las concepciones marxistas, si alguna vez se plantearon realmente la cuestión de saber cómo «acabar con la burguesía», el sabotaje de la intelectualidad cortó de cuajo tales escarceos y resucitó en su memoria las viejas fórmulas acerca de la «imposibilidad de la realización inmediata del socialismo», y de inmediato se restableció su pensamiento bajo la fórmula marxista habitual de la «edificación progresiva del socialismo».

Espantadísima durante los primeros tiempos de la Revolución de Octubre, la burguesía se dio cuenta rápidamente de que no tenía motivo alguno para desesperar. Algo que los sucesos inmediatamente posteriores le han confirmado. Privada del poder estatal, estupefacta por el levantamiento generalizado de la gente, aguardará su fin con angustia, y de repente recibe la buena nueva: que su fin no será en ningún caso instantáneo, sino por el contrario, muy prolongado, progresivo, en virtud de todas las leyes

socialistas, que su fin sobrevendrá casi imperceptiblemente bajo la forma de una edificación socialista progresiva.

Para rematar, esta edificación no comenzará de inmediato, una etapa preparatoria bajo la forma de «control obrero» será indispensable, conforme a la infalible práctica marxista.

El socialismo científico contemporáneo no tiene otro programa para derribar a la burguesía que la nacionalización progresiva de los medios de producción. Les resulta necesario comenzar por las «concentraciones», que responden mejor a las necesidades y que son las más maduras para la socialización; en ellas se aprenderá a verificar y a demostrar la justicia del método socialista de edificación, para pasar ulteriormente a otras nacionalizaciones. Este programa elaborado por el socialismo reformista que proclama la supresión de la producción capitalista sin violencia, sin insurrección, a través de la integración del capitalismo al socialismo, este programa científico se revela infantilmente impotente en el momento de la revolución.

Sus adeptos se aproximan con todas las precauciones científicas deseadas al gigantesco organismo de la producción burguesa, y luego de largas tribulaciones, le cortan una articulación. De inmediato, esperan que la herida cicatrice para encarar progresivamente la amputación de otros miembros. Olvidan que la sociedad basada en el pillaje, incluso en el mismo momento en que el mejor guardián de su poder, el poder del Estado, está completamente inerme, no es el mejor cimiento para edificar el socialismo, ni un buen laboratorio para experiencias científicas. Es el campo de la lucha de clases, de la guerra social, seculares, y es bastante ingenuo no quitarle al vencido –ante todo– la fuente de su poder.

El programa científico de edificación socialista progresiva es el programa del extravío y el embrutecimiento de las masas obreras; no es sino un trapo rojo socialista que se agita para empujar a las masas obreras a los brazos de las dictaduras burguesas y pequeñoburguesas; es el somnífero de las masas, el extinguidor de la revolución obrera. He aquí el papel del socialismo en el mundo entero; he aquí el papel desempeñado por el comunismo bolchevique en el golpe de Estado de Octubre.

Al tercer mes de la dictadura bolchevique, los saboteadores intelectuales comenzaron su huelga. Pero los bolcheviques fueron los que más se desgañitaron invocando victoria en este asunto, cuando, en rigor, la intelectualidad dejó de rebelarse por la simple razón de que el bolchevismo no se reveló tan temible como cuando las jornadas de Octubre. Todos se dieron cuenta de que las declaraciones acerca de la igualdad de ingresos entre intelectuales y obreros, y todos los decretos y amenazas del mismo tenor, no eran más que demagogia para atraer a las masas obreras. Todos se dieron cuenta que las nacionalizaciones bolcheviques no expresaban ninguna aspiración seria a suprimir el régimen burgués, que no eran más que «experiencias socialistas», que la sociedad culta, mediante una adhesión razonada al poder bolchevique, podía frenar e incluso detener por completo. He aquí porqué la burguesía consideró superfluo seguir apoyando la huelga de los trabajadores intelectuales, he aquí porqué los saboteadores manifestaron tanto empeño para reconciliarse con el poder soviético.

[...] Todo el trasfondo del problema reside en que la lucha contra la intelectualidad contradice todo programa socialista. Los socialistas están obligados a defenderla y no a luchar contra ella. Por más hostil que pueda resultar respecto a los obreros, los socialistas, de los cuales forman parte los bolcheviques, la considerarán siempre por lo menos como «parte integrante del proletariado», en todo caso, momentáneamente corrompida y extraviada por los prejuicios burgueses.

Aunque la intelectualidad siempre se haya presentado, como en las jornadas de Octubre, como un enemigo de la revolución obrera, no menos feroz y pertinaz que los propios capitalistas, no ha hecho, de acuerdo con las convicciones de los capitalistas, más que traicionar sus «intereses proletarios», extraviarse provisoriamente, y por lo tanto no podría declararse como «enemigo de clase» de los obreros. El bolchevique no puede más que intentar hacer entrar en razón a la intelectualidad, y no se atreverá jamás a declararle una lucha impiadosa. En tanto que socialista «verdadero» y «sincero», en tanto que defensor y portavoz de los intereses de la intelectualidad, no se convertirá jamás en su enemigo. Se permitirá achicar

el margen de maniobra de los capitalistas, pero siempre tenderá a componendas con la intelectualidad. Como ésta protesta unánimemente contra «la experiencia socialista», el bolchevique se ve obligado a tomar en cuenta esta voluntad intelectual y terminar, o al menos frenar, la lucha contra el régimen capitalista.

El pensamiento marxista de los bolcheviques, que busca las vías para nacionalizaciones ulteriores bajo la presión y el sabotaje de los intelectuales, está condenado fatalmente a debatirse impotente en el seno de las utopías socialistas caducas.

¿Llevar adelante una propaganda encarnizada y atraer para su causa a todos los ingenieros y técnicos necesarios? ¿O formar cuadros y especialistas indispensables para la producción, en medio de todo tipo de cursos para obreros? La burguesía rusa o extranjera podría aplastar la revolución, mucho antes de que se recojan los frutos de este tipo de emprendimientos.

¿Tal vez convendría entonces esperar a que los comités obreros, que ejercen el control obrero, puedan al mismo tiempo asimilar la ciencia y el conocimiento de los ingenieros, los químicos y de otros especialistas? Esta fábula ha gozado de cierto predicamento en su momento, pero se trata de promesas tan huecas que se desmoronan cuando se trata de poner en marcha una producción altamente tecnificada.

El comunismo bolchevique está obligado a volver a la fábula socialista más trivial, que afirma que las masas obreras, sufriendo durante toda su vida la servidumbre del trabajo manual, habrán de llegar sin duda alguna en un porvenir lejano a alcanzar el nivel de conocimiento de la intelectualidad, a disponer de los medios de desarrollo intenso mediante organizaciones culturales de instrucción y las universidades populares.

El bolchevismo ha arrojado así una amenaza mortal a la burguesía, pero no ha podido, ni querido, ir más allá. La voluntad de la intelectualidad lo ha hecho recular.

La intelectualidad rusa, bien conocida por su rebeldía, casi totalmente volcada a las convicciones socialistas, conducida por revolucionarios desde hace ya mucho tiempo, con la aureola de sus sufrimientos, ha sabido manifestar su gratitud a la burguesía,

salvarla de la ruina y de la revolución obrera. Pese a todo, ella no quiere ser glorificada. Quiere, por el contrario, que los obreros olviden lo más rápido posible sus servicios a la burguesía, puesto que quiere permanecer como hasta ahora, como la amiga fiel de la clase obrera, para llevarla, en el curso de los siglos de «progreso burgués» hacia un «socialismo razonable».

Paralelamente, los bolcheviques no se han afanado mucho por recordar la explotación burguesa en el momento de la revolución de Octubre. Porque para ellos, es evidente que la intelectualidad debe permanecer como parte integrante del ejército proletario.

[...] ¿Podrían contar los obreros con la desaparición inmediata de la burguesía? No, no sería sino cuestión de control obrero, que no haría más que refrenar un tanto la autocracia del capital. Tampoco sería cuestión de concebir la realización inmediata y total del socialismo. No se trataría más que de salvaguardar tal posibilidad a través del «capitalismo de Estado» de Lenin, edificando una «patria socialista». ¿Se propondrían los socialistas-revolucionarios y los mencheviques derribar semejante «patria socialista»? Muy por el contrario; el edificio «obrero-campesino» se parece demasiado al edificio «campesino-burgués» de los Tchernov[7] y al edificio obrero-burgués de los Liber y Dan[8], esos socialistas inveterados.

Cuando la comprensión de las insurrecciones y victorias obreras se reduce a esta falsa moneda que es el socialismo, los obreros se reencuentran siempre estafados, en medio de la satisfacción generalizada de todos los partidos intelectuales. Los obreros, que han confiado en los intelectuales, consideran siempre al socialismo como oro puro, en tanto que en el mejor de los casos, no se trata más que de cobre de muy baja calidad.

La expropiación de la burguesía

Desde los primeros pasos de la revolución obrera los parásitos deben desaparecer de la sociedad, todos sus miembros deben traba-

---

7. Jefe socialista-revolucionario. Presidente de la efímera Asamblea Constituyente [nota de A. Skirda].
8. Líderes mencheviques [nota de A. Skirda].

jar. La revolución obrera no alcanza estos resultados sobre la base de medidas groseras y primitivas como las que aplica el gobierno bolchevique, tampoco mediante el «servicio de trabajo obligatorio para todos» cuya ejecución siempre tendrá que ser controlada por alguna policía; la guardia roja en el caso presente.

La revolución obrera obligará a los ricos a trabajar, después de arrebatarles las riquezas que les permitían holgazanear.

El poder soviético, percibiendo que los obreros esperan de «su dictadura obrera» medidas para obligar a los ricos a trabajar, no encuentra otro recurso que el servicio compulsivo del trabajo obligatorio; lo que muestra que sabe imitar a los Estados en guerra, cuando introducen a su vez el trabajo obligatorio para la defensa nacional de la sociedad burguesa amenazada.

Esto demuestra con creces que el poder soviético no tenía la intención de confiscarles, en un futuro próximo, los bienes a los ricos, a la burguesía en general.

La revolución de Octubre ha demostrado a las claras que el enemigo de la revolución obrera y el defensor del régimen de pillaje no es únicamente el capitalista, poseedor de fábricas, sino también el intelectual, que detenta los conocimientos que vende por un ingreso privilegiado. La intelectualidad, bien satisfecha, defendiendo su posición dominante, decidió no tolerar más la dominación de los obreros; se negó a asumir la dirección técnica, sin la cual los obreros no pueden organizar la producción.

La duración y el éxito de las huelgas promovidas por los intelectuales, se plasmaron gracias a la indecisión y al rechazo del poder soviético a confiscar todas las riquezas acumuladas.

Los bolcheviques han prestado muy poca atención al hecho de que las huelgas de los intelectuales han sido sostenidas financieramente por los capitalistas. Los saboteadores decidieron suspender sus tareas tras cobrar sus salarios. Si no se les hubiese pagado, en muy poco tiempo habrían sido llevados al hambre. Sin embargo, la revolución obrera, que no tendía a limitar más que los salarios faraónicos de los funcionarios más encumbrados, no los amenazó en absoluto. Así, a la primera sensación de necesidad, toda la masa de pequeños empleados se habría puesto a trabajar, y por lo tanto

todos los establecimientos y empresas habrían retomado sus actividades habituales.

[...] Supongamos que el poder soviético declare, bajo la presión de los obreros, una expropiación general simultánea. En ese momento, los mismos obreros, sin el concurso ni de comisarios especiales ni de instructores incautan las fábricas, las usinas, los talleres con sus reservas, sus cajas y todo lo que ello implica; luego, sin la menor demora, los comités obreros organizan la producción de cada empresa. El poder soviético sólo expropió directamente a las empresas más complejas, como por ejemplo, los bancos, las sociedades por acciones, las empresas cooperativas, todos los establecimientos donde hay pocos obreros y muchos empleados hostiles a la expropiación. Si en Rusia, actualmente, se decretara, por ejemplo, que todos los ingresos superiores a diez mil rublos anuales son susceptibles de ser confiscados, todos los establecimientos y empresas pertenecientes a particulares pasarían a manos de los trabajadores. Los altos ingresos de los intelectuales también podrían tener ese mismo techo.

[...] Una expropiación general y simultánea, que paralizaría de raíz a la oposición burguesa y prevendría el sabotaje y la huelga de la intelectualidad, sería garantía contra todo fiasco al que nos conduce inevitablemente el programa bolchevique –y socialista en general– de nacionalizaciones sucesivas y progresivas. La expropiación simultánea provoca trastornos mínimos y, en condiciones favorables, puede evitar totalmente la crisis y la ruina de la industria, que vienen adosadas al programa bolchevique de nacionalizaciones escalonadas a lo largo de meses y años.

Las nacionalizaciones parciales ya llevadas a cabo por el poder bolchevique sirven, sin duda, de señal de alarma para la burguesía, que busca transformar en dinero la mayor parte de sus bienes y reduce la producción para disimular lo más posible sus capitales. Muchísimos industriales, se hacen de capitales líquidos, abandonan sus fábricas, las dejan al garete. El poder bolchevique se ha visto así obligado, para no dejar a los obreros en la calle, a financiar con fondos públicos las empresas abandonadas.

[...] La economía bolchevique no tiene más que dos soluciones

para elegir: o recurrir a una expropiación generalizada, definitiva, o cesar toda nacionalización suplementaria y, después de una etapa intermedia de «capitalismo de Estado», restaurar la economía capitalista precedente.

¿Por qué los bolcheviques no se han decidido a realizar una expropiación generalizada y simultánea sobre toda la burguesía? ¡A ello, empero, fueron empujados, cuando ellos mismos decían que hacía falta «acabar con la burguesía»! Se trataba de una acción bien fácil de llevar a cabo, sobre todo en consonancia con el sentir unánime de las masas obreras, más que su emprendimiento fantasioso de creación de una dominación ilusoria de los obreros.

Los bolcheviques no han llevado a cabo esta expropiación de los burgueses simplemente porque no desean la revolución obrera; lo que quieren es sencillamente una revolución democrática y pequeñoburguesa. No luchan por la emancipación de la clase obrera, no hacen más que defender los intereses de las capas inferiores de la sociedad burguesa actual y de la intelectualidad. No quieren una expropiación general, no porque quisieran proteger o salvar a los capitalistas, sino porque temen por el porvenir de la intelectualidad, puesto que la expropiación general reduciría simultáneamente los ingresos altos de estos últimos y señalaría el comienzo de la lucha de los obreros contra los «manos blancas», por la igualación de la remuneración del trabajo físico y el intelectual.

El partido bolchevique es un partido de intelectuales, como todos los otros partidos socialistas, ni más ni menos; mencheviques, socialistas-revolucionarios u otros.

Todo socialismo no aspira más que a promover los intereses de la intelectualidad y no los de los obreros. Enseña que los capitalistas constituyen la única clase dominante de la sociedad, explotando no solamente a los obreros sino también a los intelectuales y que, por lo tanto, unos y otros no son sino trabajadores asalariados.

Ninguna tendencia del socialismo, ni siquiera las más extremas como el anarquismo y el sindicalismo revolucionario, atacan la vida privilegiada de los trabajadores intelectuales, aunque las capas superiores, los grandes sabios, los altos dignatarios gubernamentales,

los especialistas técnicos de la producción y tantos otros, embolsen ingresos que no van por cierto a la zaga de las ganancias de la gran burguesía. Muy por el contrario, con la eliminación de los capitalistas, el socialismo les otorga el derecho a conservar intactos sus ingresos privilegiados. Algunos representantes del socialismo lo declaran abiertamente. No es difícil adivinar que semejante «patria socialista» no se distingue en absoluto del régimen burgués; toda la ganancia nacional se reparte entre los intelectuales, en tanto que los obreros, al quedar sometidos a la esclavitud del trabajo manual, se convierten en los esclavos del mundo educado.

Los obreros tienen problemas directamente opuestos: disminuir lo más posible los ingresos de los intelectuales, transferir a su favor todos los dividendos del que se adueñan los capitalistas y con el cual privilegian a su personal gerencial y de dirección. Más que la nacionalización progresiva de las fábricas –que le viene tan bien a los socialistas, defensores de los intelectuales– ellos necesitan una expropiación general e inmediata.

¿Cómo se efectúa la transferencia del control de una empresa, por ejemplo, de una fábrica metalúrgica, entre el poder soviético y los obreros? Todo el asunto se reduce simplemente a apartar a los capitalistas. El salario de los obreros no está en juego; éstos están obligados a trabajar en las mismas condiciones que antes, por un salario determinado por el sindicato bolchevique de la rama de la industria [...]. Este salario es bajísimo y no acompaña para nada el alza del costo de vida. Los bolcheviques cuentan con esto para garantizar así la misma tasa de ganancia a los capitalistas privados y al Estado cuando los reemplace.

Si los bolcheviques deciden nacionalizar una rama industrial entera, como por ejemplo la siderúrgica, todos sus obreros quedarán en la misma situación que si fuese una sola la fábrica confiscada. El sindicato bolchevique y el comisariado de trabajo procurarán no tolerar ningún aumento de salarios. La ganancia, de la que se adueñaba el patrón, deberá pertenecerle, según sus cálculos al Estado y no a los obreros. Es decir, que servirá para el mantenimiento de funcionarios privilegiados del Estado y todos los dirigentes y «educadores» de la clase obrera.

Los empleados de nivel superior, especialistas de la producción socializada, procurarán del mismo modo negociar para su propio beneficio salarios tan elevados como los que tenían antes, algo que los bolcheviques están completamente de acuerdo en otorgarles.

Tal procedimiento para suprimir a los explotadores debe provocar necesariamente la indignación de los obreros. ¡Los explotadores son expulsados de toda una rama de industria y de ello no surge ningún beneficio para las masas obreras, ni siquiera un aumento en su ración de hambre!

[…] La única vía de lucha verdadera y constante en el mundo entero es y sigue siendo la lucha por un aumento en la remuneración del trabajo manual, lo que han querido siempre y en todas partes las masas obreras, a pesar de sus profetas, tutores y legisladores socialistas.

En el régimen burgués el poder de los capitalistas y la inviolabilidad de la ganancia patronal hace que el aumento de salario implique generalmente, salvo excepciones, un encarecimiento de las mercancías producidas por esos mismos obreros. Es la razón por la cual el aumento de salarios se reduce a menudo a la nada cuando va acompañado del encarecimiento de los objetos de consumo.

La situación se presenta completamente diferente cuando este aumento de salario está ligado a la expropiación de la burguesía. En ese momento, toda la ganancia y todos los ingresos privilegiados deben ser expropiados a favor de los obreros; que pasen a formar parte, integralmente, de sus ingresos. Consecuentemente, el salario puede y debe ser muy aumentado sin que dé lugar a encarecimiento de mercancías y de objetos de consumo.

La revolución obrera que se avecina será una lucha por una mayor remuneración del trabajo manual. Cuando éste se equipare con la del trabajo intelectual, tras una presión generalizada, la servidumbre secular del pueblo obrero habrá sido vencida. Efectivamente, al fin de esta revolución obrera, las familias obreras e intelectuales poseerán medios casi idénticos para criar y educar a sus hijos; ya no se encontrará en la próxima generación millones de seres humanos condenados, aun antes de haber nacido, a la explotación y a

la servidumbre: esos hombres que actualmente están desprovistos de todo saber y aptos únicamente para el trabajo manual, que nacen pues esclavos de la sociedad burguesa educada.

La revolución obrera consiste –en todo su curso– en la expropiación de las clases poseedoras a favor de las explotadas, con miras a aumentar los salarios obreros.

La burguesía, inicialmente propietaria de los bienes creados a lo largo de siglos, de los medios de producción, y la intelectualidad propietaria de conocimientos, deben todos ellos ser privados de sus ganancias e ingresos privilegiados para que todos los bienes y la civilización se conviertan en patrimonio de todos y sean distribuidos en su totalidad, en partes iguales.